

PUBLICACIONES DEL «INSTITUTO DE ESPAÑA»

CONMEMORACIÓN
DEL CÉLEBRE PRECEPTISTA ESPAÑOL

M A R C O F A B I O
Q U I N T I L I A N O

EN EL XIX CENTENARIO DE SU NACIMIENTO,
CELEBRADA POR EL

INSTITUTO DE ESPAÑA

EL DÍA 28 DE OCTUBRE DE 1942



IMPRENTA DE EDITORIAL MAGISTERIO ESPAÑOL
CALLE DE QUEVEDO, NÚMERO 5 :: MADRID

 Biblioteca de La Rioja

NO SE PRESTA

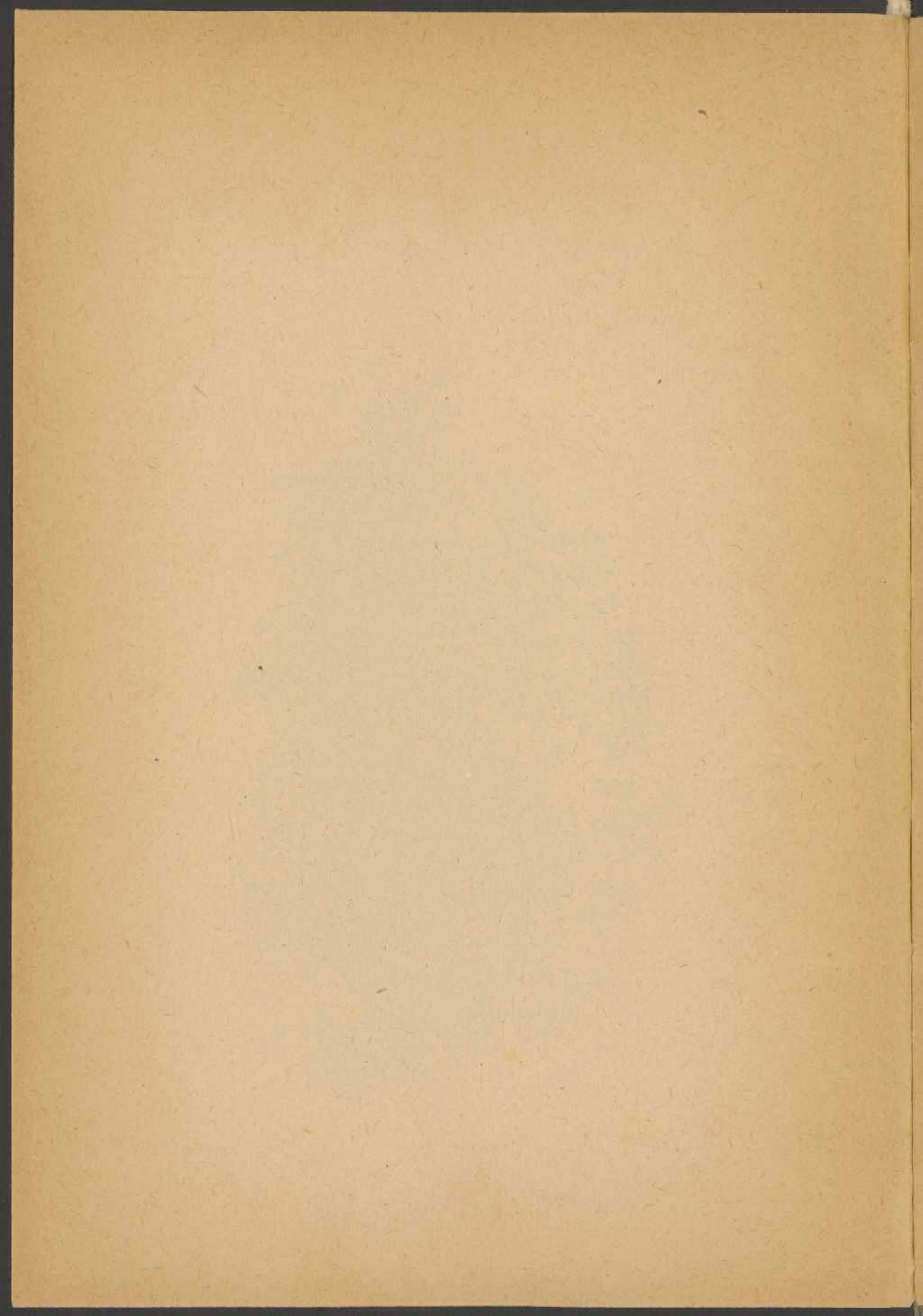
LECTURA EN

SALA

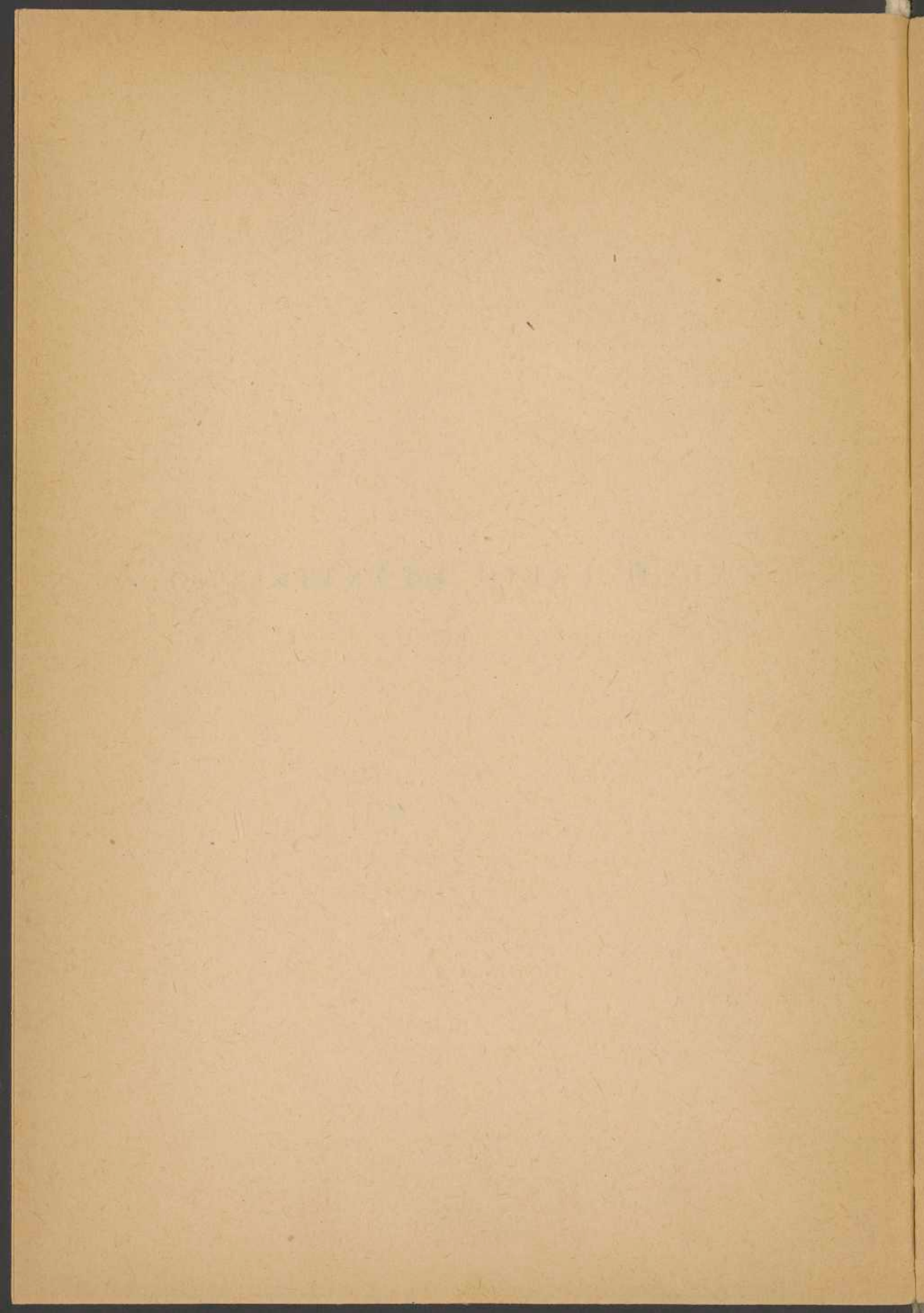
188780

R

14566



MARCO FABIO QUINTILIANO



PUBLICACIONES DEL «INSTITUTO DE ESPAÑA»

CONMEMORACIÓN
DEL CÉLEBRE PRECEPTISTA ESPAÑOL

MARCO FABIO QUINTILIANO

EN EL XIX CENTENARIO DE SU NACIMIENTO,
CELEBRADA POR EL

INSTITUTO DE ESPAÑA

EL DÍA 28 DE OCTUBRE DE 1942



Gobierno
de La Rioja

Desarrollo Económico
e Innovación

Dirección General de
Cultura y Turismo

Biblioteca de La Rioja

1233.800

IMPRENTA DE EDITORIAL MAGISTERIO ESPAÑOL
CALLE DE QUEVEDO, NÚMERO 5 :: MADRID

DAMASO RUIZ CLAVIJO



A requerimiento de las autoridades municipales y provinciales de Calahorra y de Logroño deseó el Gobierno del Caudillo de España honrar la memoria del célebre preceptista español Marco Fabio Quintiliano en la fecha probable, o muy aproximada, del XIX centenario de su nacimiento.

Encargado el Instituto de España de realizar este propósito, organizó una sesión pública conmemorativa, la cual hubo de celebrarse el día 28 de octubre de 1942, en el salón de actos de la Real Academia de la Historia, a las seis y media de la tarde.

Presidió el Excelentísimo e Ilustrísimo señor don Leopoldo Eijo Garay, Obispo de Madrid-Alcalá y presidente del Instituto de España, asistido por los Excelentísimos señores Marqués de Lozoya, director general de Bellas Artes; Asín Palacios, vicepresidente del Instituto; marqués de Lema, en funciones de presidente de la Real Academia de la Historia, y García Siñeriz, vicepresidente del Instituto.

Sentáronse en los estrados académicos de todas las Academias oficiales, entre ellos los Excelentísimos señores Conde de Gimeno, López Otero, Alarcón, Torroja, Mariscal, Redonet, Tormo, Ballesteros, Conde de Casal, Novo, Gómez Moreno, Rivas, Alvarez

Ossorio, Carro, Sánchez Cantón, Palacios Morini, Llanos Torriglia, Gaibróis de Ballesteros, Ovejero, Ors y Albasanz.

También asistieron los señores Embajador de Francia, Ministros de Venezuela y Manchukuo, padre Legísima, representaciones de los Institutos de Cultura Alemán e Italiano y otras ilustres personalidades.

Don Armando Cotarelo Valledor, de las Reales Academia Española y de la Historia, secretario general del Instituto de España, leyó una vibrante semblanza de Quintiliano; el presidente, Excelentísimo señor Eijo Garay, algunas máximas y pensamientos entresacados de las *Instituciones Oratorias* y traducidas expresamente para este acto, y el Excelentísimo señor don José Rogerio Sánchez, una ponderada y jugosa apreciación de la doctrina literaria del viejo preceptista.

El selecto público premió con su aplauso el mérito de las tres oraciones, que el lector puede ver reunidas en el opúsculo presente.

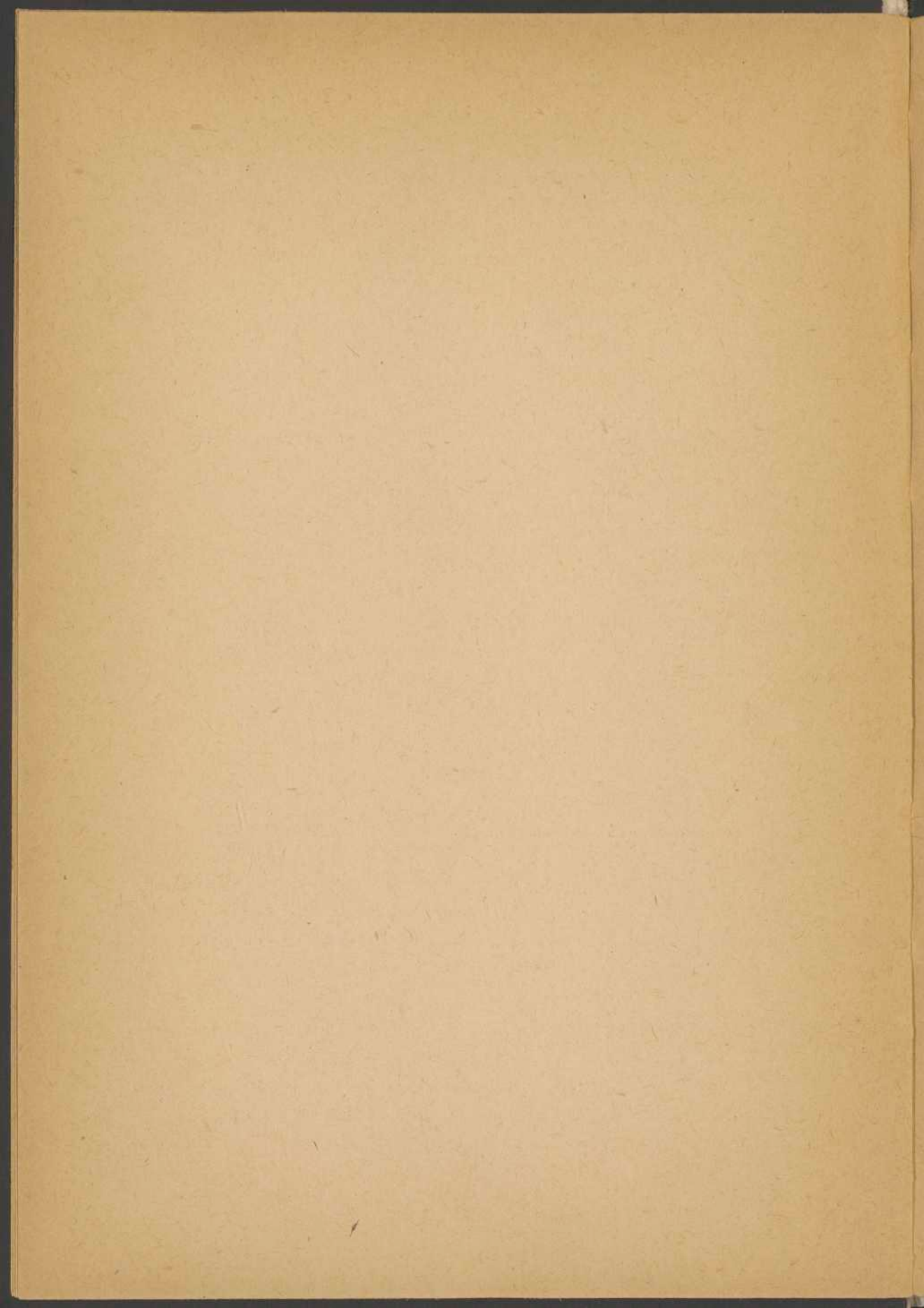
SEMBLANZA DE QUINTILIANO

POR EL EXCELENTÍSIMO SEÑOR

D. ARMANDO COTARELO VALLEDOR

DE LAS REALES ACADEMIAS ESPAÑOLA Y DE LA HISTORIA

Y SECRETARIO GENERAL DEL INSTITUTO DE ESPAÑA



Señores académicos:

Había caído el monstruo. La humanidad se reconocía a sí misma, viéndose libre del oprobio de sufrirlo. Nueva edad alboreaba con el nuevo César proclamado en Iberia, y a recibirlo corría el pueblo vibrando palmas de entusiasmo. Mas el júbilo cejaba ante un anciano vencido por la nieve de setenta y dos años. En Puente Milvio, a las puertas de la Ciudad Eterna, un alboroto degeneró en motín y el motín se hizo matanza, y al poner los pies en su palacio, un temblor de tierra y un fragor sobrehumano, espantoso, encogió los corazones. Sobre cadáveres y entre terremotos entraba en la capital del orbe Servio Sulpicio Galba.

Sin duda que con tan lúgubres augurios no hubo ojos para un joven de sencillo continente perdido entre el séquito imperial y que, como el emperador, llegaba en siete días desde España. Respondía por Marco Fabio Quintiliano, y este nombre, oscuro entonces, iba a llenar a Roma y aun al orbe con el tiempo. Sobre la frente de aquel joven fulgía la estrella de los escogidos. Antes de un lustro era el primero de los abogados y el primero de los profesores en el corazón del mundo, pues a nadie mejor que a él podrá aplicarse la manida sentencia catoniana. *Dicendi* y también *docendi* fué perito Quintiliano, y *vir bonus* resplandece en el conjunto de sus actos. "Moderador excelso de la vaga ju-

ventud y gloria de la toga romana" le llamó Marco Valerio y Juvenal le aduce por espejo para maestros y retóricos. De su obra, docta y sencilla con la sencillez de las cosas grandes, amena con provecho, instructiva sin empacho, perla de las letras didascálicas, fluye dulcemente la doctrina libada con avidez por las generaciones, y la frase, siempre entonada y a veces florida, encierra máximas que tienen y tendrán valor perdurable.

Y con todo, no es un genio. No hay en él improvisaciones turbulentas, atisbos audaces, relámpagos sublimes, caídas y vuellos, vaivenes de oleaje. Si el estilo es el hombre, Marco Fabio ciudadano, como Marco Fabio escritor, sería un carácter dulce, recto y tranquilo, templado en la alegría, sereno en la adversidad, pero sabio y prudente, celando con la *sofrosine* de un exterior ecuaníme las excelencias de su alma exquisita, que se remonta a la cumbre en alas del ponderado equilibrio de sus potencias y facultades. Marco Fabio es un talento.

Gloriosa su vida corporal, mucho más su vida póstuma. Hallado casualmente un códice de las *Instituciones oratorias* o tratado *De la educación del orador* en la fecunda torre del monasterio de San Galo, de Constanza, por el Poggio Bracciolini, notició el hallazgo al Guarino en memorable epístola del 16 de diciembre de 1417, trompetazo de resurrección resonante en el mundo sabio. La imprenta, en su cuna, acogió el precioso texto y lo multiplicó en folio en los tórculos romanos por industria y arte de Ulrico Ham o Ulrico Galo, con prefación de Antonio Campano, en 1470. Libro magnífico, golosina de bibliófilo, por el cual se pagaron en Londres 250 libras esterlinas no hace mucho. Otras doce ediciones incunables, por lo menos, y más de setenta en el siglo XVI, impresas en las más cultas ciudades de Europa y comentadas por los mayores eruditos, proclaman el entusiasmo que el Renacimiento rindió a este magistral tratado.

Al punto pasó a la enseñanza, y en las aulas tornó a imperar Quintiliano, manteniendo la gloriosa hegemonía de único y universal maestro de Retórica hasta la generación de nuestros padres.

Enorme fué su boga. Los coetáneos lo saludan como obra extraordinaria; oráculo de la crítica y del gusto, es manual exclusivo de las escuelas de oratoria y de los aprendices de orador. Supremo código literario le proclaman los modernos, siendo encanto general de humanistas y escoliastas. Se explica a Quintiliano, se comenta a Quintiliano; frases por doquier de Quintiliano, juicios de Quintiliano, trozos de Quintiliano; todas las manos lo buscan, lo leen todos los ojos; ningún nombre de escritor ha resonado más desde hace cuatro siglos, y en tanto continúan las reimpressiones y la niñez y la juventud se apacientan en sus páginas, a la par de las de Cicerón y las de Horacio. Con justicia exclama un gran maestro: "¡Rara fortuna para alcanzada por un libro de decadencia el que pueda hombrearse sin desdoro con las producciones de los siglos clásicos!"

Vertido muchas veces a los idiomas modernos, corre en francés, en inglés, en portugués, en alemán y en italiano. También habla, o por lo menos balbucea en nuestra lengua. Un pedagogo asturiano del siglo XVIII, don José Antonio González de Valdés, autor de cierta curiosa *Ortopeya universal*, publicó en 1797 un librito titulado "*Pensamientos originales*", traducidos del latín en castellano para instruir en sus respectivas obligaciones a los padres, maestros y discípulos de primeras letras, gramática y retórica, tomadas de la obra de Quintiliano.

Poco más tarde (1799), dos padres escolapios imprimían una versión mutilada, como la de Rollin, para uso de las aulas. Versión fría, angulosa, desabrida; fiel sin duda en cuanto al pensamiento, pero harto infeliz en la forma. Si las traducciones son tapices del revés, en éste no traspasan la urdimbre las más finas hebras de la trama. El decir de Quintiliano, metódico decir, decir pulido, es arte de suavidad, de entonación, de toques, de matices; para trasladarle no basta un dómine, se requiere un eborario.

Como los *Aforismos* de Hipócrates, los *Elementos* de Euclides, la *Metafísica* de Aristóteles, la *Agricultura* de Columela, la

Arquitectura de Vitrubio, la *Historia Natural* de Plinio, la *Geografía* de Tolomeo y otros grandes libros, las *Instituciones oratorias* llegan a nosotros cual grandioso monumento de la sabiduría antigua, enseñanza eterna de la humanidad, en cuyas venerables páginas entramos reverentes, presa de religioso respeto, como de bosque sagrado.

En él y con esta unción penetraron hombres de los más sabios del mundo, apologistas de Marco Fabio desde su misma edad coetánea. Juvenal, Plinio, Lactancio, Ausonio, Pollion, Apolinar, Casiodoro, Pomponio, Sulpicio, Eusebio, San Jerónimo, entre los latinos, y de los renacientes, Policiano, Erasmo, Lipsio, Valla, Aretino, Mérula, Pino, Ascensio, Camerario, Mabillón, Fabricio, Vossio, Mureto, Possevino, Barthio, Rollín, Dodwel, etc., etcétera, la lista es interminable. Y con ellos nuestros españoles Marcial, San Isidoro, Nebrija, Luis Vives, Nicolás Antonio, Lampillas, Andrés, Masdeu, los Mohedanos, Rodríguez de Castro, Amador de los Ríos, Garbín, Menéndez y Pelayo...

Y he aquí por qué, por haber sido un gran maestro Quintiliano, maestro de siglos y naciones, el Instituto de España se congrega hoy en este salón ilustre, el más noble templo de la Historia patria, para ensalzarle todavía en su décimonono centenario.

Marco Fabio pertenece a modesta pero no desconocida familia. Su abuelo, Quintiliano el Viejo, es mencionado como declamador notable por Séneca el retórico, y su padre fué abogado del emperador Claudio, según el propio hijo comentando frases paternales. Creyóse antaño que pudiera ser de Roma, mas desde los días de Nicolás Antonio nadie duda que sea nuestro; "ex Hispania calagurritanus", dice San Jerónimo traduciendo a Eusebio de Cesarea.

Nació, pues, Quintiliano en las orillas del padre Ebro, cuyas aguas debían mecer también la cuna del gran Prudencio Clemente, príncipe de los poetas cristianos anteriores a Dante, y no lejos de donde vió la luz primera el ingenioso Marcial, de quien

asimismo ocurre ahora el centenario y con quien Marco Fabio tuvo conocimiento en Roma. No hay tanta seguridad sobre la fecha. Desde el 35 al 42 pudo ser el natalicio; por la última optan los modernos, siguiendo al diligente Enrique Dodwell.

Las familias destacadas en las provincias llevaban sus hijos a educarse en las márgenes del Tíber. No por otra causa las pisaron, adolescentes, Columela, Lucano, Silo Itálico, etc., y no por otra causa, infante en mantillas, salía Lucio Anneo de Córdoba en los brazos amorosos de su tía paterna.

Nieto de orador, hijo de orador, orador debía de ser Marco Fabio. Pusiéronle de niño en la escuela de Quinto Remnio Palemón, nacido de una esclava de Venecia, pero maestro de mucho crédito, orador y poeta tan famoso por su memoria como por su orgullo y por sus vicios. Fué este pedagogo de los primeros en plantar viñedos en la campiña del Lacio, y su predio, admiración de los romanos, pasó después a Séneca el filósofo en 84.000 sesteracios, cuatro veces el valor de la primera compra. Compuso un librito sobre *Pondibus et mensuris* y un *Ars grammatica* de gran autoridad en el tiempo.

Después siguió la enseñanza de Domicio Afer, natural de Nîmes, orador famoso que bajo Calígula, Claudio y Nerón dió lecciones de oratoria y cuyos discursos andaban en las manos de todos. "Y no solamente leí la mayor parte de lo que trata, sino que lo aprendí de su misma boca", escribe Marco Fabio. Domicio Afer y Julio Africano eran entonces los dos más excelentes oradores. "Aquél por el artificio de sus palabras—sigue diciendo—y por todo su estilo debe tener la preferencia, y sin reparo se le puede colocar en el número de los antiguos." Con frecuencia brota el nombre de Domicio del cálamo de Quintiliano, exponiendo máximas y pensamientos suyos, elogiándole sin ambages y declarándose su alumno.

Quien, apenas abandonada la pretexta, tomó a su cargo defender a Nervio Apruniano, *juvenile cupiditate gloriae*, dice el mismo. Exito halagador, sin duda, y que podrá llamarse triunfo.

dada la precocidad del orante, émulo de la de otros muy ilustres como César y Polión, que empezaron su carrera antes de tener edad de ser cuestores, Craso a los veinte años y Hortensio a los diez y nueve. Bien es cierto que Augusto dijo a los doce la oración fúnebre en alabanza de su abuela.

Y considerándose ya suficientemente instruído, regresó a la patria para abogar en ella, soñando, a lo más, con tornar alguna vez pasajeraamente a Roma y subir, acaso, un día al Foro, como aquel Tito Betucio Barro, venido de Ascula, de quien habla Cicerón y que dejó tan buen recuerdo en el Senado. Quieren algunos le haya traído Galba cuando vino a gobernar la Tarracense, pues, en efecto, era costumbre de los pretores llevar consigo abogados para los tribunales de provincia; pero faltan testimonios. Háilo, en cambio, de Eusebio, para creer que, al contrario, habiéndole conocido en España, Galba le llevó a Roma con el fin de adelantarle en su carrera, en junio del 68, piedra angular en la cronología del calagurritano.

Las esperanzas que levantase sobre el favor del César perecieron con su patrono en 16 del siguiente enero y no retornarían, de seguro, en los gobiernos de Otón ni de Vitelio. Pero la fortuna le había marcado por suyo y llegó bien pronto, conducida por mano de mujer.

Colmado de laureles y sembrando esperanza, entró Flavio Vespasiano en Roma al fin del año 70. Meses más tarde se le reunía Tito Flavio, su hijo, debelador de la ciudad deicida. Entre los despojos cobrados en Judea traía una reina, la reina Berénice nombre funesto a las testas coronadas.

Nieta de Herodes el Grande, asesino de los Inocentes, hija de Herodes Agripa, hermana de Agripa el Joven, último rey de los judíos, había sido esposa de su tío Herodes, rey de Calcídia, pero, muerto impensadamente el esposo, se retiró a Palestina, para vivir en demasiada intimidad con su hermano. Contrajo nuevas nupcias con Palemón, rey de Cilicia, y le abandonó para volver a Judea. Trátase de la misma mencionada en los *Hechos de los*

Apóstoles, que vió prisionero a San Pablo en Cesarea y, en unión de Agripa, escuchó su defensa, reconociéndole inocente.

Era la reina hermosa, atractiva, de elevados pensamientos y costumbres magníficas. Tres diademas ornaron su frente y ninguna llevó con realeza, porque atesoraba cuantas gracias pueden enaltecer a una mujer, menos las virtudes. Romanizada como toda su familia, aconsejó a los hebreos sumisión a las águilas triunfantes y tentó seducir al intendente Gesio Floro, no como Judit, sino como Cleopatra; mas se estrellaron sus astucias ante la rudeza del romano.

No así con Tito, muy dado a la molicie. La trajo a Roma; repudió a su esposa, Marcia Furnila, en quien tenía una hija llamada Julia, que deshonoró su nombre, y con honores de prometida colocó a la hebrea en palacio. Nadie negaba al co-emperador, general de la guardia pretoriana, ni el valor personal ni las dotes militares; pero la rigurosidad en los castigos y la disolución de las costumbres producían siniestros vaticinios para el futuro reinado, temiendo hallar en él un Nerón redivivo, escribe Suetonio. Vítuperábase en especial sus escandalosos amores. El orgullo romano sólo esclavas coronadas veía en las reinas extranjeras; memorábase el desastrado fin de Marco Antonio; decíase que Benérice ya no era reina, salvo el nombre, y que su hermana Drusila había casado con Félix, liberto de Claudio. Crecían los murmullos e insolentáronse algunos y Vespasiano, que pudo decir a Demetrio Cínico: "Haces cuanto puedes para perder la cabeza, pero yo no mato un perro que ladra", por referirse a sí propio, miró adusto a los detractores del primogénito.

Cierto Diógenes fué a la escena y declamó furioso contra Tito, tomando pie de aquel concubinato; prendieron al temerario y le azotaron con varas. Un colega, llamado Eros, le imitó y se excedió en las censuras; juzgándole más culpable, le cortaron la cabeza. Entonces se atrevió Quintiliano a defender a Berénice, abogando por ella en su presencia y siendo la reina juez de su propia causa, como él mismo nos informa. Arranque de osadía o de

cálculo que le abrió las puertas del favor y de la *Domus áurea*.

Quizá no la mereciese la judía, pero Tito supo revelarse digno de la indulgencia de Marco Fabio. Dueño del poder, comprendió las obligaciones del imperio, arrojando de sí cuanto le hiciera sospechoso, y la separación de Berénice, poetizada por el arte de Racine y de Corneille, vive en dos joyas de la tragedia francesa. Allá tornó a Palestina la emperatriz frustrada y allá fué acogida por su tío el segundo Herodes Agripa, quien le otorgó tercer título de reina, aunque sin solio.

Tras medio siglo de tiranía gozaba el mundo las dulzuras de una política humana. Vespasiano, comparable a Augusto, pudo reconciliar la plebe y el imperio, y su protección a las artes y sus premios a los poetas suavizaron la oposición literaria. Por vez primera se atendía a la enseñanza, dando forma oficial a la iniciativa privada de maestros particulares, griegos generalmente, y por vez primera veía Roma cátedras gratuitas protegidas por el estado. Suetonio, Dion Casio, el cesarense, todos los antiguos ensalzan este hecho memorable; nadie podrá fundadamente censurarlos.

Favorecía el César a los españoles, agradecido al apoyo de España en la lucha con Aulio Vitelio, y por congraciarse, dice Plinio, con gente tan valerosa. Español era Quintiliano y español acepto en la corte. Quintiliano fué el primero que abrió escuela pública de elocuencia con sueldo del erario: cien mil sesteracios, evaluables en 25.000 pesetas, suma enorme si tenemos en cuenta la condición social de retóricos y gramáticos. Aun hoy día, con la depreciación secular de la moneda y corridos casi dos mil años, no llega a tanto el haber máximo a que puede aspirar, tras dilatados servicios, un catedrático en España. De aquí los celos de muchos. Capricho de la fortuna le llama Juvenal a Marco Fabio, y de aquí la errada opinión de sus riquezas, según la letra del satírico, a veces mal interpretada.

Grande fué la nombradía del profesor Quintiliano. De todos los países acudían alumnos a escucharle y como maestro renovó

las maravillas de Gorgias y Protágoras, con timbre más honroso. El tiempo, tanto tiempo, devorador de lo existente, ha borrado los nombres de los discípulos. Tal vez lo fuese Adriano, aquel aficionado universal que vistió la púrpura del imperio; pudo serlo el insigne Tácito, que en su precioso *Diálogo de los oradores* propugna ideales casi idénticos a los del riojano; fuélo, pues él lo dice, Plinio el Mozo, aquel simpático magnate, hombre sabio, hombre rico, hombre poderoso y, sobre todo, hombre bueno, amigo del "pío, felice, triunfador Trajano", y el más alto orador de su corte, sobrino y hechura del otro Plinio, rey de los lectores, víctima ilustre de la noble ambición de saber.

Laureles semejantes recogió en el foro. Desconocida en Roma la oratoria religiosa, la militar inútil ante la férrea disciplina del ejército y prematura la sazón para el brillo de la académica, quedaban la política y la forense, antaño confundidas y ahora simplificadas por el efectivo ocaso de la primera. Sólo sobrenadaba la elocuencia jurídica, la abogacía, en la cual iba a lucir Quintiliano.

Fiando poco de la improvisación propia y dudando mucho de la ajena, redactaba con esmero sus discursos, depositándolos en la memoria desarrollada por el ejercicio. Reconocíasele singular destreza en la exposición de los hechos y en los negocios que exigían varios abogados, a él se cometía esta parte, como otrora se confiaban a Cicerón las peroraciones. Cual su prosa sería su palabra: sencilla, correcta, serena; mas no exenta de calor y eficacia, pues él mismo afirma que interesaba y conmovía al auditorio hasta hacerle verter llanto con frecuencia.

Cerca de cuatrocientas oraciones dicen haber compuesto, aplaudidas por su tersura de cuantos pudieron escucharlas. Ninguna publicó él mismo; pero estenógrafos y copistas se encargaron de esparcir, en provecho propio, muchas cuya paternidad negaba el hijo de Calágurris. Tampoco le pertenecen ciertas *Declamaciones* impresas con su firma; trátase de ejercicios de cátedra, mayores y menores, compuestos por los alumnos, semejantes a

los conservados de Séneca padre, sobre temas hipotéticos y alguna vez ridículos.

Perdióse igualmente una breve *Retórica* en dos libros, escrita con finalidad didáctica, y un tratado de mayor importancia, *De causis corruptae eloquentiae*, probablemente utilizada en el hermoso *Diálogo de los oradores*, sin bastante razón atribuido a nuestro compatriota.

Y tanto en lo uno como en lo otro, en el foro y en la cátedra y en el *cavaedium* del hogar doméstico, con la palabra y con el cálamo, guíale de continuo el mismo ideal y el mismo anhelo: la reforma de la oratoria corrompida, a cuya restauración había consagrado la existencia.

Porque la oratoria, gala y orgullo de la república romana, no decaía, se acababa. Enmudecidos por la muerte, muy lejos iban ya la energía de César, la inventiva de Polión, la abundancia de Hortensio, la brillantez de Craso, la concisión de Bruto, la emoción de Antonio, la vehemencia de Calvo, la pureza de Mesala y la facundia arrolladora de Marco Tulio. Vocieno Montano, Emilio Scauro, Asinio Galo, fueron víctimas de Tiberio, y por acaso se recuerda el ingenio de Domicio Afer, la limpieza de Julio Africano, el chiste de Julio Segundo y la claridad de Galerio Trácalo. Envilecida la elocuencia, hizose granjería de declamadores rábulas o artificio de pedantes tan faltos de solidez como sobrados de sutilezas y embelecocos, aquellos pedantes que capitaneaban asalariados para aplaudirles, como claqué de teatro.

Contra ellos pugna la reacción de Quintiliano, contra la oratoria hueca y ampulosa, contra el estilo urdido de metáforas, contra la declamación gesticulante que hacía pantomimos y energúmenos de los oradores. Volviendo la vista atrás, encomia el arte de los viejos tribunos, su oratoria plena y armoniosa, y la verdadera elocuencia que consiste en la elevación de las ideas y en el vigor de las palabras. El sólo será argumento bastante a confundir las paradojas de cuantos pretendieron achacar a españoles la corrupción de las letras latinas en su edad de cobre. Incansable pa-

ladín de la reforma, la sombra de Marco Fabio se yergue victoriosa contra Tiraboschi y sus secuaces, ya suficientemente combatidos por nuestros valientes Mohedanos.

Mas su generoso esfuerzo para volver al clasicismo no obtuvo el éxito que merecía nuestro paisano. La oratoria, hija de la libertad, se asfixiaba bajo la tiranía de los césares. Ya la elocuencia no llevaba a los honores, y los letrados, mal retribuidos, veíanse en el trance de vender el honor con la palabra. Sólo la adulación y el espionaje prosperaban, como el Vibio Crispo de los días neronianos, y en medio de los escombros de aquel grandioso monumento destruído crece y se agiganta la figura de Marco Fabio aureolada por los resplandores de la dignidad y el entusiasmo.

No todo lo halló propicio, que la vida siempre fué combate y la tierra valle de lágrimas. Hombre de cuarenta otoños, habíase casado con una joven, casi niña, hija de Tutilio, patricio respectable. Perdióla antes de que cumplierse la veintena, tras breve pero dichoso matrimonio, pues la adornaban cuantas prendas puede atesorar una mujer excelente. Falleció después su hijo segundo, niño de cinco años.

También los tiempos se nublaban. A Tito, "delicias de la humanidad", sucedía, en áspero contraste, el imperio sombrío de Domiciano. Volvían los despojos, las persecuciones, las violencias, los asesinatos; pululaban esbirros y delatores, y algunos, como Régulo y el ciego Mesalino, dejaron fama infame. Con un senadoconsulto desterró el tirano a los filósofos de Roma y aun de Italia, por no soportar su ejemplo, dice Tácito, y por librarse de sus amonestaciones. Algunos renunciaron el oficio, entonces peligroso; dispersáronse otros por los confines del Imperio, y entre ellos Dión, llamado "Crisóstomo" o pico áureo; Poncio Telesio, Artemidoro y el célebre Epícteto, antorcha del estoicismo. La matrona Sulpicia, tomando el plectro, se pregunta si los dioses decretaban barbarizar de nuevo a los latinos.

Afligido Quintiliano con las calamidades domésticas y teme-

roso, sin duda, de las públicas, obtuvo del César licencia para retirarse, después de veinte años de asidua enseñanza, y él mismo se felicita de haber dejado con oportunidad la tribuna y la cátedra. No era viejo, contaría cincuenta años, pero huía el peligro de sobrevivirse, escarmentado con la triste visión de su maestro Domicio Afer, reducido por la edad en tal estado que unos se mofaban de él y otros se avergonzaban de escucharle.

Quintiliano tenía un amigo llamado Marcelo Victorio. Era como él, apacible, pensador, estudioso; como él tenía un hijo cuya educación le preocupaba y ocupaba, como la del suyo preocupaba a Quintiliano. Placiales platicar de estos asuntos con frecuencia, y recordando el jubilado su antiguo magisterio, iba proponiendo un plan cumplido para instruir al adolescente. Ocurrióse a Marcelo la utilidad de conservar aquel programa, y así, departiendo ambos por el día y escribiendo por la noche Marco Fabio, fueron las *Instituciones oratorias* tomando cuerpo y desarrollo. Y como Tiphón, librero, lo supiese, obtuvo el privilegio de editar cada libro o capítulo por separado, y al final la obra entera, que tardó dos años en verse concluída.

Dechado de buen juicio y de buen gusto a la vez que de habilidad y erudición sorprendentes, el tratado *De la educación del orador* descubre con claridad tres partes: un curso pedagógico, un manual de gramática y un cuerpo de perceptiva literaria. De todo en Grecia y Roma se había escrito antes de modo ocasional o fragmentario, y mucho de lo escrito utilizó Quintiliano, en especial la admirable *Retórica* del estagirita y los diálogos oratorios ciceronianos. Aristóteles es más profundo, Cicerón más brillante: pero a estos y a todos hizo olvidar el hijo de Caláгурris redactando una obra de conjunto, completa y sistemática, cosa hasta él desconocida en la antigua didascalía.

Por eso hay mucho en ella de segunda mano, juicios ajenos y máximas recibidas, de que resulta un prudente eclecticismo doctrinal que debía adquirir numerosos entusiastas, porque dándolo

todo fácil y en su sitio evita búsquedas trabajosas en libros anteriores eclipsados por otros más actuales.

La originalidad de Quintiliano no radica en las ideas ni siquiera muchas veces en el modo de expresarlas; está en el método, en la trabazón, en el enlace sólido, con frecuencia ingenioso, de materiales de acarreo, con que su destreza técnica construye un libro, armónico y ordenado, como Ictino construía los dóricos imafrentes de la Acrópolis.

Y está en el estilo siempre pulcro, siempre noble, sin afectación ni pedantería, aunque no deje de pecar, a veces, de artificio y lima demasiada. No sólo piensa bien Quintiliano, sino que sabe hallar formas felices para vestir el pensamiento, despertando los efectos que pretende, como verdadero artista de la prosa. Sin embargo, no es aquel variado movimiento, aquel raudal de ideas, aquella musicalidad majestuosa que admiramos en los escritores del gran tiempo. Perla de la decadencia, no puede libertarse de ella por entero, y el que repudiaba a Séneca sufre, sin notarlo, algún influjo de su modo sentencioso y de su tendencia al concepto. Lenguaje, sí, de Cicerón: pero no estilo ciceroniano. Y aun el lenguaje mismo ha vivido y Cicerón reprocharía a Quintiliano formas nuevas de vocablos, como los constantes aumentativos en *prae*, verbigracia. Con lo cual resulta el hecho paradójico de que el gran propugnador del clasicismo no pasa de ser un semiclásico.

Toma Marco Fabio al orador desde la cuna y le guía providente hasta el sepulcro cual sucesivo ayo, mentor, maestro, amigo, sostén y compañero, siempre amoroso y siempre sabio. ¡Y cuántos problemas de enseñanza surgen y se especulan en esta dilatada carrera, y qué maravillosa comprensión de una armonía docente para resolverlos! Sus reglas de educación intelectual descubren la meditada experiencia de un maestro extraordinario, y sus consejos sobre el arte de escribir permanecen, en mayoría, actuales y vigentes. Los dos primeros libros, llenos de doctrina pedagógica, y el último, sagaz preceptiva psicoliteraria, tienen valor eterno. Al resumir, en el décimo, la historia de las letras entre

griegos y romanos escribe el primer intento que vió el mundo de lo que después se dijo literatura comparada.

Aquí como en toda la obra resplandece paladina la gran erudición, timbre característico de Quintiliano. Y, pues la erudición de lo pretérito conduce, naturalmente, a amarle, nuestro autor vuelve de continuo sus ojos añorantes a los ingenios del pasado. El modelo del orador es Marco Tulio; el del escritor, Tito Livio; en el segundo halla la equilibrada armonía clásica; admira en el primero la solidez de la idea, la vehemencia de la forma, la elegancia de la frase, maravilloso consorcio que levanta a Cicerón sobre todos los retóricos. Patriarca antecesor de los ciceronianos renacientes, el riojano diluye los doce libros de su obra en un ardiente panegírico de Marco Tulio, "cuyo nombre, dice, no es el de un orador, sino el nombre mismo de la elocuencia".

Quintiliano habla al lector como Marco Fabio hablaría con Marcelo. Corta a cada paso la monotonía del discurso con reflexiones, anécdotas y recuerdos, mezclando cuanto puede lo útil con lo dulce. No desprecia las ocasiones de expandirse en escarceos elocutivos, como preámbulos y moralidades, insistiendo gustoso en digresiones que le salen al camino. Así abundan los pasajes primorosos en la *Educación del orador*.

Y ¡cuántos interesantes detalles! La repulsión de los azotes en la escuela y demás castigos corpóreos, las ventajas de la enseñanza oral y de la lectura, de la lección privada y de la colectiva, la defensa de los preceptos contra petulantes autodidactos, las alabanzas de la geometría y de la música. Todos gustarán con delicia el ético perfume que exhalan al volverse estas vetustas páginas; todos leerán con gusto el caluroso elogio de las virtudes que semeja escrito por un estoico, cuando no por un cristiano. Y ¡quién no aplaudirá a Marco Fabio cuando, sin menosprecio de la sabiduría, una vez y otra desde las primeras líneas, asienta aquel aforismo, básico sillar de su doctrina: "Que nadie aspire a orador si no es hombre de bien".

Llegando el autor al cuarto libro de la obra, un gran suceso

vino a alterar el recogimiento de su vida, sacándole otra vez a la luz de los honores.

Domiciano, perseguidor del nombre de Cristo, hallaba mártires hasta entre sus deudos. A Flavio Clemente, primo del emperador y su colega en el consulado, acusaron de ateísmo, frase con que solían paliar la fe cristiana en la gente distinguida, siendo condenado a muerte. Complicada en la acusación su esposa, Flavia Domicila, sobrina del César, tuvo la gloria de padecer destierro en la isla Pandataria, y de otra Domicila virgen, sobrina de Clemente, cuenta la historia habersele confinado a Poncia por lo mismo. Clemente y Domicila dejaron dos hijos, a quienes Domiciano, que no los tuvo, por fortuna, destinó para sucederle, por lo cual les mudó los nombres y confió su educación a Quintiliano, deseando prepararles dignamente a la púrpura. Sin efecto, pues arrollados por la sangre del monstruo, desaparecen a su muerte sin estela ni memoria.

Marco Fabio aceptó complacido el nuevo empleo y se dispuso a ejercerlo con esmero, rindiendo la lealtad a la confianza y mirando con gratitud, como noble, al emperador que así le honraba. De aquí las alabanzas esparcidas por su obra, las cuales alarmaron con exceso la suspicacia de algún crítico, llevándole a tachar de adulator al pedagogo y denostarle como a esportulario.

¿De qué extrañarse? ¿Cuándo no se ha adulado al poderoso? Es el caso de Veleyo Patérculo y de Valerio Máximo bajo el azote de Tiberio, y, ante el mismo Domiciano, el de Marcial y Juvenal, satíricos, y de Papinio Estacio, autor de la *Tebaida*. ¿Cómo pecó Quintiliano donde éstos no pecaron?

Cierto que le califica de elocuente y ensalza por insignes los escritos de su juventud, no vacilando en titularle "el más grande de todos los poetas". ¿Quién dejará de ver en ello la usada exageración cortesana? Domiciano, siendo mozo, arengó razonablemente al Senado y compuso versos aplaudidos. Era calvo, y, como César, lo sentía. Escribió un tratadillo sobre el *Arte de cuidar los cabellos*, dedicado a un amigo también calvo, y su estilo no

carece de gusto y elegancia, a juzgar por los fragmentos conservados. Amó los libros, acrecentando las bibliotecas públicas con copias traídas de la Alejandrina; pero de viejo sólo leía a Tiberio. *Sui similis species.*

Cierto que le llama "honor del siglo presente", "inmortal, santo y divino", y aun pudiera añadir "sagrado, celeste y dios". ¿No eran por acaso estos dictados propios de los emperadores, a quienes funeraban en "apoteosis" atribuyéndolos asiento en el cielo? ¿Qué podrían ser tales nombres sino fórmulas huera cuya significación nadie creía? Séneca, el gran Séneca, que trataba a Nerón de "divino", compuso la *Apocoloquintosis*, o conversión de Claudio en calabaza.

A un monstruo como Domiciano no podían regatearse los honores. La soberbia de la púrpura reveló cuánto el César tenía de hombre, los excesos de la emperatriz indigna desencadenaron lo que el hombre tenía de fiera. Uraño y sombrío, pasaba largas horas en lo secreto de su estancia matando moscas o planeando crímenes, y su orgullo crecía con la sangre derramada. Obtuvo diecisiete consulados, número a que jamás llegó ningún patricio; derrotado por los bárbaros, se apellidó "Germánico", como si los hubiese vencido; dió su nombre al mes de octubre y dos veces se proclamó "Imperator" en un reino de desastres. El título de señor que Augusto y Tiberio habían repelido horrorizados, no bastó a su arrogancia, y se atribuyó el de *dios*, y "nuestro señor y nuestro dios" obligó a que le llamasen por escrito y de palabra, proclamándose hijo de Palas, según muestran las monedas. Instituyó un colegio de sacerdotes para su propio culto y llenó a Roma de sus estatuas, ante quienes inmolaba diarias hecatombes, por lo cual dice Plinio que hizo correr tanta sangre de bestias como de personas.

En tiempos de tiranía la lisonja puede ser égida, y toda égida era escasa en aquel tiempo. Materno, acaso el mismo de que habla Marcial y figura en el *Diario de los oradores*, pagó con la vida una declamación contra los tiranos; lo mismo aconteció a Hermó-

genes de Tarso, porque en su historia aludió al César. Reo de muerte declararon a Erenio Seneción por escribir la vida de Elvidio Prisco, y su esposa, Favila, que le había ayudado, fué al destierro con la anciana Arria, madre del autor, mientras los libertos amanuenses perecían crucificados.

¿Qué se debe exigir a Marco Fabio, hombre de la corte y ayo y preceptor de los príncipes herederos? ¿Una rebeldía absurda? ¿Un heroísmo estéril, productor de nuevas víctimas en el cruento obituario?

Más difícil será excusarle por menospreciar a Séneca. Ya en su tiempo se lo reprocharon, y de ello pretende sincerarse reconociendo las grandes virtudes del filósofo, su ingenio, su estudio y su saber extraordinario y proclamando la excelencia de sus máximas para el arreglo de las costumbres. No le agrada, empero, su filosofía y mucho menos su elocución y sus discursos, que considera tanto más dañosos cuanto abundantes en "vicios halagüeños". Es posible que sólo intente Quintiliano apartar a los jóvenes de un modelo para él especialmente peligroso por su misma autoridad y fama; pero no puede menos de extrañarnos la exageración de la censura formulada con no habitual crudeza; máxime si, como parece, fueron los libros de Lucio libros muy trillados de Marco Fabio y en los cuales pudo aprender, y aprendería, no poca de la doctrina de su obra, pues tantas son las coincidencias. Nosotros, españoles, lamentamos esta injusticia y preferimos la arrogante bizarría de Séneca a la artificiosa corrección de Quintiliano, algo relamida y, por decirlo así, dicióchesca.

Hay un lago tranquilo cuyas aguas, copiando los verdores de la orilla, ocultan los misterios del fondo; y hay un peñasco que rueda, se derrumba y cae al lago. Entúrbiase el espejo, las aguas saltan, gimen, se agitan tumultuosas y un instante descubren lo que avaras celaban. Tranquilas son como lago las *Instituciones oratorias*; el peñasco se desploma en el libro sexto. Su proemio es un quejido; el dolor, agitando las aguas del lenguaje, descubre el hombre oculto en Quintiliano. Otra vez le ha visitado la muer-

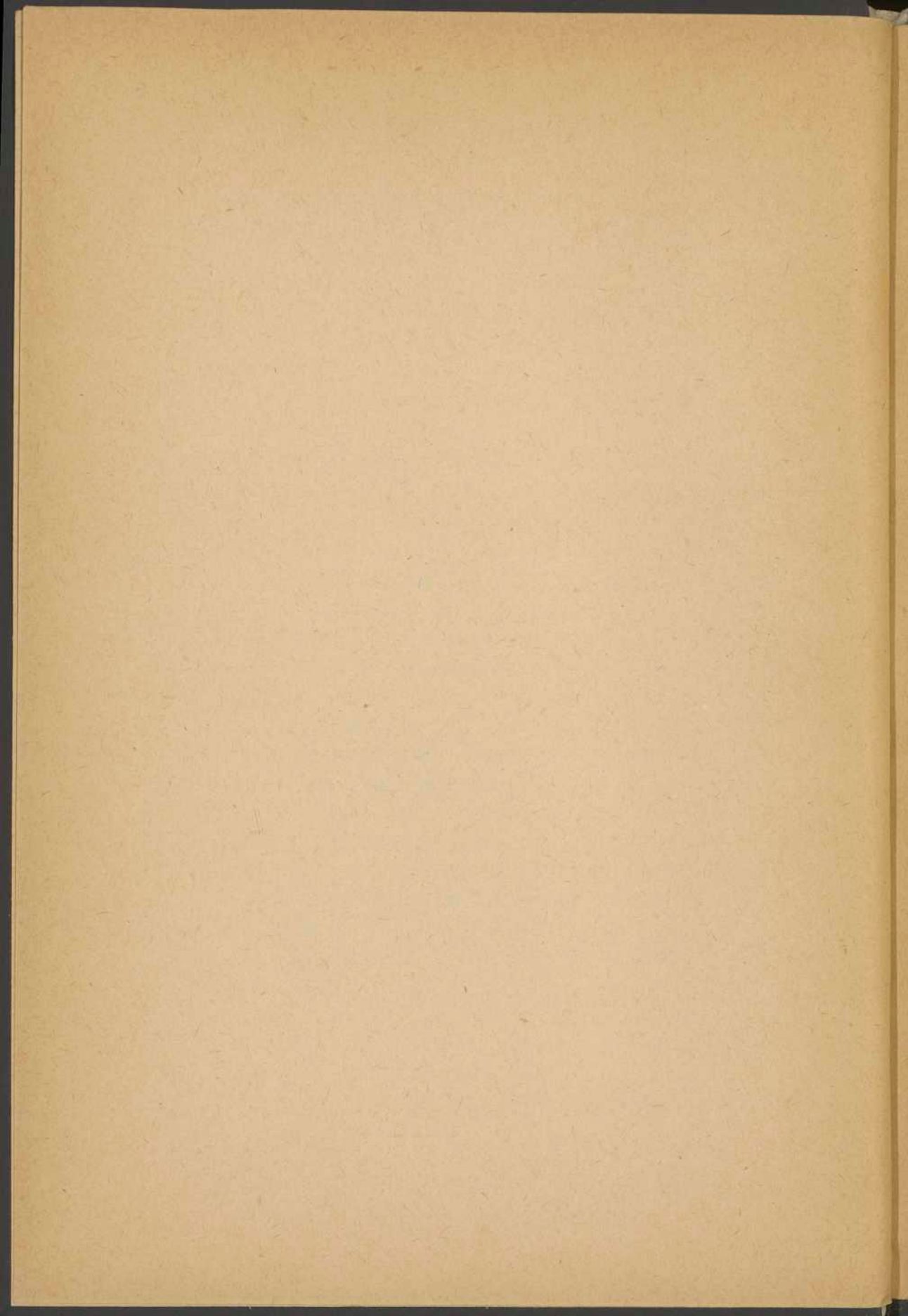
te. Su hijo primogénito, también llamado Quintiliano, aquel mancebo rebosante de esperanzas sobre quien florecían las ilusiones, baja a la tumba a los doce años. El amor del padre se desborda, y, desesperado, grita una blasfemia; blasfemia de pagano, mas no por eso menos estridente y discordante. Que en los trances de amargura es muy árduo reprimir los impulsos naturales si la resignación no los contiene con su cristiano bálsamo.

Nonio Céler, gobernador que había sido en la Tarraconense en el imperio de Tito, y, según Marcial, el más honrado de cuantos gobernadores desfilaron por España, desposó la hija única que restaba a Marco Fabio. Era imagen viva de su madre, y como ella ducada en las virtudes. Conocíala Plinio el Mozo, y siendo afecto a los españoles cuyo elogio hizo resonar en sus cartas, así como costeó el regreso de Marco Valerio, quiso dotarla por gratitud a las enseñanzas del padre. Delicada es la forma de ofrecer el obsequio: "Sé que eres rico en bienes del espíritu, dice al jubilado, menos en los de fortuna. Tomo sobre mí parte de tus obligaciones y doy 50.000 sestericios a la hija querida. No lo haría si no creyera que la pequeñez del presente hará que no puedas rechazarlo."

Después, nada sabemos. La figura de Quintiliano se desvanece en la penumbra y, al fin, en la sombra. Dícese, y lo afirma Ausonio, que recibió los ornamentos consulares, dignidad con que antes no se atrevería a soñar tan siquiera un maestro de retórica. Quieren algunos que haya conocido, octogenario, los días del emperador Adriano, tal vez su antiguo discípulo; para otros no alcanzó a ver el merecido fin de Domiciano, falleciendo en plena madurez de cuerpo y alma. No se sabe.

Su misión había terminado. En el libro *De la educación del orador* quedaba el espíritu para hablar eternamente a los hombres; el cuerpo dejaría la vida como dejó la pluma, trovando a la bien amada: "Tendamos con todas las fuerzas del ánimo a las cumbres en que mora la majestuosa elocuencia, don el más precioso que los dioses inmortales hicieron a los humanos y sin el cual

todo permanecería mudo y en tinieblas y nada llegaría a la memoria de la posteridad. Aspiremos siempre a lo mejor, y, si no lo conseguimos, por lo menos veremos a muchos debajo de nosotros: *Quod facientes, aut evademus in sumum, aut certe multos infra nos videbimus.*"



PASAJES
DE LAS
INSTITUCIONES ORATORIAS

ENTRESACADOS Y TRADUCIDOS POR EL
EXCELENTÍSIMO E ILUSTRÍSIMO SEÑOR

D. LEOPOLDO EIJO GARAY

OBISPO DE MADRID-ALCALÁ, DE LAS REALES ACADEMIAS ESPAÑOLA Y DE
CIENCIAS MORALES Y POLÍTICAS Y PRESIDENTE DEL INSTITUTO DE ESPAÑA

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

LIBRARY

PHYSICS

1891-1892

Excelente homenaje a Quintiliano es el estudio de sus escritos. Para que en esta solemne ocasión no faltase aquí la voz del gran preceptor, he escogido de entre las páginas de sus Instituciones oratorias, como quien corta alguna que otra hermosa flor en un espléndido jardín, los siguientes pasajes, que traducidos al castellano con la mayor fidelidad que me ha sido posible, no sólo a la idea, mas también al estilo de Quintiliano, voy a tener la honra de leerlos.

* * *

EL ORADOR ¿NACE O SE HACE?

(Capítulo 20 del L. II)

Sé que también se pregunta si contribuye más a la elocuencia la naturaleza que la enseñanza. Lo cual, por cierto, no atañe nada al propósito de nuestra obra, pues el orador consumado no puede darse sin la una y la otra... Si a una de las dos partes le quitas por entero la otra, la naturaleza, aun sin la enseñanza, valdrá mucho; la enseñanza sin la naturaleza no servirá de nada. Si concurren a partes iguales, en los que no pasan de la medianía en ambas cosas, todavía, a mi juicio, es de mayor importancia la naturaleza; mas diré que los oradores consumados deben más que a la naturaleza a la enseñanza. Así a una tierra carente de toda fertilidad nada la beneficiaría el mejor labrador; de la tierra fe-

cunda, aun sin cultivador ninguno, algún provecho nacerá; pero en terreno rico más hará el que lo cultiva que la misma bondad del suelo por sí sola. Y si Praxiteles se propusiese esculpir una imagen en una piedra molar, preferiría yo un tosco mármol pario; pero una vez que lo hubiese pulimentado el mismo artista, más mérito habría en las manos que en el mármol. En resumen, la naturaleza corresponde a la materia, el arte a la enseñanza. Esta labra, aquélla es labrada. Nada es el arte sin la materia; la materia, aun sin arte, tiene su valor. El sumo arte es mejor que la mejor materia.

* * *

Ya que tan de moda está hablar mal de la oratoria, veamos en este capítulo (17 del L. II) de Quintiliano que el denigrar la elocuencia ni es cosa nueva ni razonable.

“Síguese la cuestión de si es útil la retórica; porque unos suelen dar vehementemente contra ella y, lo que es más indigno, para acusar la peroración utilizan las fuerzas de la oratoria. Que la elocuencia es la que libra de las penas a los criminales, y por su fraude a veces son condenados los buenos y las deliberaciones arrastradas hacia lo peor: y no sólo se suscitan sediciones y alborotos populares, mas también implacables guerras; y, en fin, cuando más se usa de ella es cuando sirve a las falsedades contra la verdad. En efecto, no sólo echan los cómicos (1) en cara a Sócrates al enseñar éste cómo la peor causa se convierta en la mejor, mas Platón contra Tysias y Gorgias dice que prometían cosas semejantes. Y a esos añaden los ejemplos de los griegos y los romanos, y enumeran a los que usando de elocuencia perniciosa, no sólo a los individuos mas también a los intereses públicos, tur-

(1) *Aristófanes* en LAS NUBES.

baron la paz de las ciudades o las arruinaron; por lo que los lacedemonios la expulsaron de su ciudad, y también en Atenas, donde se prohibía a los abogados mover los afectos, cercenaron la facultad de perorar.

De esta suerte, ni los capitanes serán útiles ni los magistrados ni la medicina ni, por fin, la sabiduría; pues capitán fué Flaminio, y los Gracos, los Saturninos, los Glaucias, magistrados; y en los medicinales hay venenos, y entre los que usan mal del nombre de filósofos se han hallado a veces gravísimas infamias. Desdenaremos los alimentos; han producido muchas enfermedades. No estemos nunca bajo techado; alguna vez se desploma sobre los habitantes. No se forje espada para el soldado; puede usar del mismo acero el ladrón. ¿Quién ignora que el fuego, el agua, sin los cuales no hay vida alguna, y (para no pararnos en las cosas terrenas) el sol y la luna, principales entre los astros, también a veces dañan? Pues, ¿se negará acaso que la vergonzosa paz de Pirro la rompió el ciego aquel Appio con la fuerza de su oratoria? ¿O no fué divina la elocuencia de Marco Tulio y contra las leyes agrarias provechosa al pueblo, y abatió la audacia de Catilina, y mereció para la toga el máximo honor que se da a los caudillos vencedores en guerra, o sea la pública acción de gracias a los dioses? Y frecuentemente, ¿no arranca el orador el miedo de los espantados ánimos de los soldados, y al entrar en los múltiples peligros de la lucha los persuade que la honra vale más que la vida? Por cierto, no me han de mover más los lacedemonios o los atenienses que el pueblo romano, ante el cual siempre tuvieron los oradores máxima dignidad... Los preceptos mismos de la vida, aunque por su naturaleza son buenos, tienen más fuerza para formar los ánimos cuando el brillo oratorio ilumina la belleza de las cosas.

Y así, aunque para una y otra parte tienen fuerza las armas de la facundia, no es justo, sin embargo, tener por malo aquello de que podemos hacer buen uso.

Ahora bien, esto podrá acaso discutirse entre los que pusie-

ron el valor supremo de la retórica en la fuerza de persuadir; pero si el fin que perseguimos es el arte de bien hablar, de suerte que el orador sea ante todo varón bueno, hay que confesar que es ciertamente útil.

Y en verdad, aquel Dios, primera causa de las cosas, fabricante del mundo, con nada separó más al hombre de los demás animales, todos ellos por cierto sujetos a la muerte, que con la facultad de hablar.

Porque en esos mudos vemos cuerpos indudablemente más aventajados en tamaño, en fuerzas, en robustez, en aguante, en velocidad; y que ellos necesitan menos de auxilio allegado de fuera; pues tanto el andar antes, como el pacer y el pasar a nado las aguas lo saben por naturaleza sin quien se lo enseñe; y los más de ellos contra el frío se visten de productos de su propio cuerpo, tienen algunas armas congénitas y el alimento casi les sale al camino, cuando al hombre todo eso le cuesta mucho trabajo.

Mas a nosotros nos dió como cosa principal la razón y quiso que de ella fuésemos socios con los dioses inmortales. Pero esta misma razón ni nos aprovecharía tanto ni sería en nosotros tan manifiesta si lo que concibiéramos en la mente no pudiéramos expresarlo hablando, lo que vemos que falta a los otros animales más que algo de entendimiento y pensamiento. Porque tanto el disponer cubiles como el tejer nidos y cuidar sus crías y escoger sus alimentos y, lo que es más, almacenarlos para el invierno, y realizar obras, algunas inimitables para nosotros, como la de la cera y la miel, fruto es acaso de algo de conocimiento; mas porque carecen de lenguaje se llaman mudos e irracionales los que eso hacen. En fin, a los hombres que carecen de palabra, ¡cuán poco aprovecha aquel entendimiento celestial!

Por tanto, si nada hemos recibido de los dioses mejor que el habla, ¿qué estaremos tan digno de cultivo y trabajo? ¿O en qué preferiremos aventajar a los hombres más que en lo que los mismos hombres aventajan a los demás animales?"

* * *

DEBERES DEL MAESTRO

(*Del Lib. II, cap. 2.º*)

Ha de ponerse el mayor cuidado en que no sólo la virtud del maestro preserve de todo detrimento los más tiernos años, mas también su severidad impida el desenfreno a los más indómitos.

Ni basta, en verdad, mostrar suma rectitud si no ata también con el rigor de la educación las costumbres de los alumnos.

Tenga, pues, ante todo para con sus discípulos alma de padre, y piense que está en lugar de los que le han entregado los hijos. Ni él tenga vicios ni los tolere. No sea inexorable su severidad ni afeminada su afabilidad, para que no le provenga de aquello odio y de esto desprecio.

Hable mucho de lo bueno y de lo honesto; pues cuantas más veces haya amonestado, tanto menos castigará.

De ningún modo sea iracundo, pero tampoco disimulador de lo que se deba enmendar. Sencillo en el enseñar, sufrido en el trabajo; asiduo, más bien que inmoderado. A los que preguntan, conteste de buen grado; a los que no preguntan, pregúnteles él por su parte.

En la alabanza de los ejercicios de sus discípulos no sea ni taño ni pródigo, porque aquello engendra aversión al trabajo, y esto, descuido. Al corregir lo que necesita enmienda no sea acerbo ni zaheridor por modo alguno, pues no hay duda de que a muchos los espanta del propósito de estudiar el ver que algunos reprenden como si odiasen.

Cada día declame algo, y mejor mucho, que después de oído lo repitan ellos por su cuenta; pues aunque en los libros abundan bastante los modelos que imitar, sin embargo, esa que se llama viva voz forma más plenamente, sobre todo la del preceptor a quien los discípulos, cuando están rectamente educados, no sólo aman, mas también respetan.

No puede ponderarse bastante con cuánto mayor gusto imitamos a aquellos a quienes afectuosamente seguimos.

* * *

CUALES HAN DE SER LAS PRENDAS DEL ORADOR

(Del Lib. XII, cap. 5.º)

Esto es lo que yo prometiera exponer: los recursos no del arte, como algunos creyeron, sino del orador mismo. Estas armas debe tener a mano, estos conocimientos ha de llevar al cinto y, por añadidura, abundancia fácil de palabras y de figuras, método en la invención, hábito de trazar planes, memoria firme y gracia en el gesto.

Pero lo que más vale de todo es el ánimo esforzado, que ni el miedo abata ni el vocerío amilane ni la autoridad de los oyentes ate más de lo que la reverencia exige. Pues así como se ha de abominar de los vicios contrarios a eso, de la presunción, la temeridad, la maldad, la arrogancia, así faltando la constancia, la confianza, la fortaleza, de nada servirán el arte ni el estudio ni el aprovechamiento mismo: como si dieras armas a los tímidos y cobardes. De mal grado, a fe mía (porque pudiera interpretarse torcidamente), digo que hasta la cortedad, defecto, es cierto, pero amable y que fácilmente engendra virtudes, es a veces perjudicial, y ha sido causa de que muchos, sin dar a luz los bienes de su ingenio y su estudio, se consumiesen apartados en un rincón.

Mas si leyese esto alguien acaso no muy perito aún en distinguir la fuerza de cada palabra, sepa que no reprendo la prohibición, sino el encogimiento, que es un cierto temor que retrae el ánimo de las cosas que se han de hacer; de donde nace turbación, pesar de lo emprendido y súbito silencio. ¿Quién, por cierto, dudará de contar entre los defectos un movimiento del ánimo

por el cual se avergüenza uno de obrar bien? Tampoco, por otra parte, quiero yo que quien ha de perorar no se levante preocupado, demudado el color y a sabiendas del riesgo; lo cual, si no acaece, aun habrá que simularlo; mas este sentir sea por industria, no por miedo, y alterémonos, pero no decaigamos.

Optimo remedio del apocamiento es la confianza en sí, y por tímida que sea la apariencia, se mantiene grande seguridad.

Hay también, como arriba dije, recursos naturales, pero que se favorecen con el cultivo: la voz, los pulmones, la elegancia, las cuales, por cierto, valen tanto, que con frecuencia dan fama de ingenio. Ha tenido nuestra edad oradores muy fecundos; pero cuando peroraba Trachalo parecía sobresalir entre sus iguales: tal era la esbeltez del cuerpo, tal el ardor de la mirada, la autoridad de la faz, la prestancia del gesto, y la voz, no como quiere Cicerón, casi cual la de los actores de tragedia, sino superior a la de todos los trágicos que yo haya oído jamás. Recuerdo, por cierto, que como perorase ante el primer tribunal en la Basílica Julia, donde se veían a la par, como es costumbre, cuatro causas, y todo se estremeciese con el vocerío, no sólo fué oído, sino entendido y, lo más bochornoso para los demás oradores, alabado también por los cuatro tribunales. Pero esto es la suprema aspiración y rara felicidad.

* * *

SENTENCIAS

Defínelas Quintiliano (Lib. VIII, cap. 5.º, I) llamándolas "luces encerradas en cláusulas breves". De ellas dice (Lib. XII, cap. 10) que "si encierran cosa que valga y no abundan con exceso y se encaminan al triunfo, ¿quién negará su utilidad? Hieren el ánimo y frecuentemente de un golpe lo impulsan, por su misma brevedad se clavan más y por el modo de decirlas persuaden".

Como diamantes están esparcidas por toda la obra. He aquí una docena de ellas, recogidas espigando entre las páginas de las Instituciones oratorias.

I

Del moderado uso y empleo de las sentencias: "Yo creo que estas lumbres del discurso son así como ojos de la elocuencia; mas tampoco quisiera que en el cuerpo todo fuera ojos, no sea que pierdan los demás miembros su oficio." (Libr. VIII, capítulo 5.º, II.)

II

"El alma de la enseñanza es el método." (Lib. II, cap. 3.º)

III

"La primera virtud de la elocuencia es la claridad." (Libro II, cap. 3.º)

IV

"La hipérbole falta a la verdad, mas no de suerte que pretenda engañar con la mentira." (Lib. VIII, cap. 6.º II.)

V

En la oratoria, "todo lo que no ayuda, estorba". (Lib. VIII, capítulo 6.º, II.)

VI

“Cuanto menor fuerza de ingenio tiene uno, tanto más se empeña en empinarse y agrandarse; como los bajos de estatura se ponen de puntillas y los de flacas fuerzas amenazan mucho.” (Lib. II, cap. 3.º)

VII

“¡Ojalá no corrompiéramos nosotros mismos las costumbres de nuestros hijos! Desde el principio afeminamos la infancia con deleites. Esa muelle educación que llamamos condescendencia quiebra todo nervio, tanto de la mente como del cuerpo.” (Libro I, cap. 2.º)

VIII

“A los niños se les debe leer lo que más fomenta su ingenio y agrande el ánimo; a lo demás que sólo sirve para erudición, los largos años le darán tiempo.” (Lib. I, cap. 5.º)

IX

Sobre si se deben escribir los discursos: “Ni sólida ni vigorosa habría sido jamás la elocuencia a no haber cobrado fuerzas del mucho ejercicio de la pluma.” (Libr. X, cap. 1.º, I.)

X

En otro lugar: “En los principios, mi precepto es que se escriba con detenimiento y solícito cuidado; porque lo primero que hay que proponerse y conseguir es escribir con la mayor per-

fección. La costumbre dará celeridad. En suma: escribiendo de prisa no se logra escribir bien; escribiendo bien se llega a hacerlo con presteza." (Libr. X, cap. 3.º, II.)

XI

Sobre la corrección de estilo: "No sin razón se da por cierto que la pluma no es menos útil cuando tacha." (Libr. X, capítulo 4.º, I.)

XII

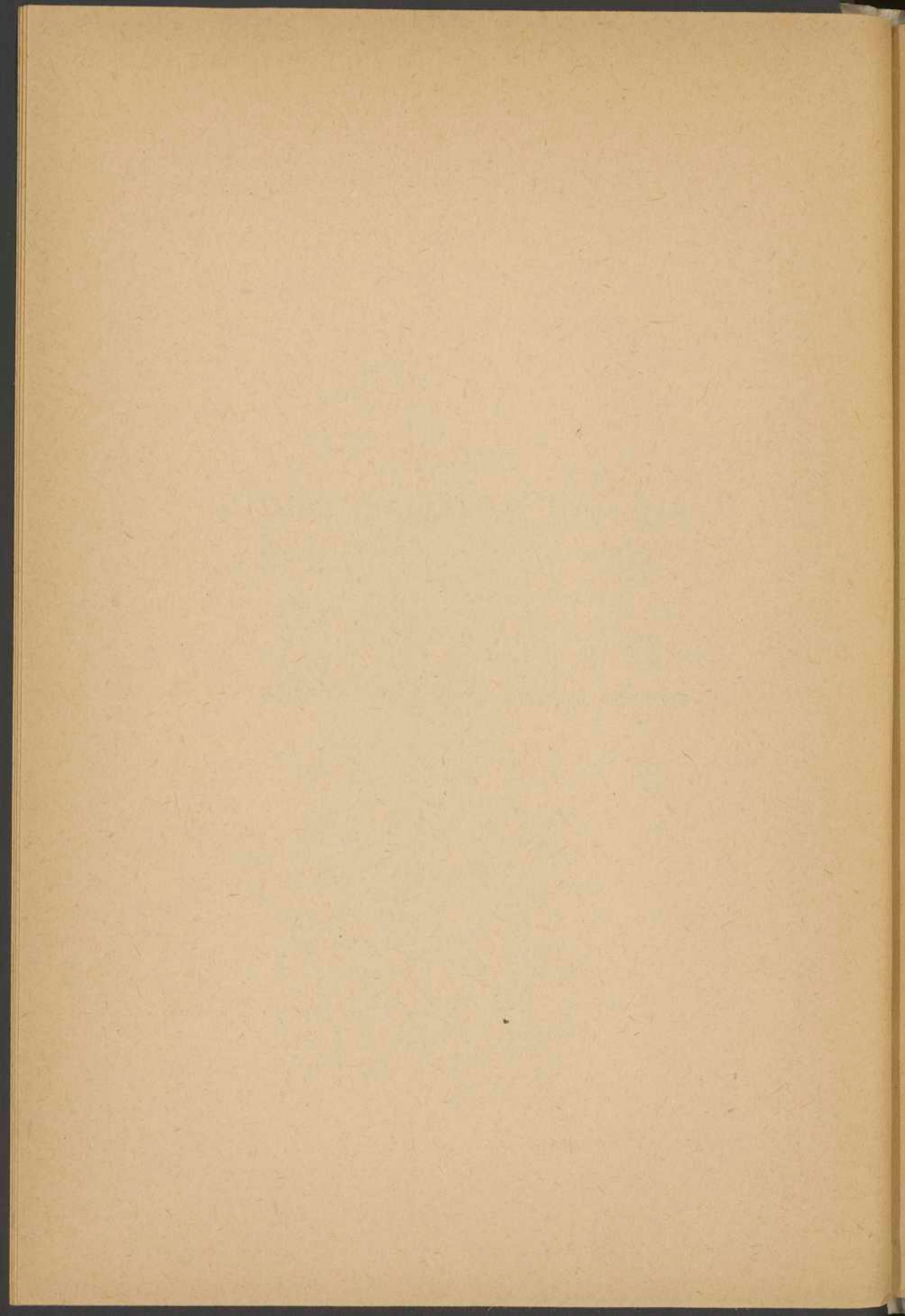
"No es fácil decir quiénes creo que dan en peor yerro: si los que en todas sus obras se complacen o los que en ninguna." (Libro X, cap. 3.º, III.)

QUINTILIANO O EL BUEN SENTIDO

POR EL EXCELENTÍSIMO SEÑOR

D. JOSE ROGERIO SANCHEZ

DE LA REAL ACADEMIA DE CIENCIAS MORALES Y POLÍTICAS



Señores Académicos:

El INSTITUTO DE ESPAÑA, al celebrar hoy esta magna sesión, quiso dedicarla a conmemorar al ilustre escritor hispano-latino MARCO FABIO QUINTILIANO, y hemos sido dos los designados para ello: mi ilustre compañero don Armando Cotarelo, por la Real Academia Española, y el que ahora toma la palabra, en representación de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas.

Acaba de oírse, con deleite para todos nosotros, la documentada exposición de la vida del gran maestro de elocuencia, y podemos certificar que pocas veces se han juntado el arte de trazar una tan difícil biografía y la sutileza y hondura de las consideraciones allegadas con tan evidente oportunidad. Tócame a mí llamar la atención, descargado ya de aquel difícil empeño, sobre las enseñanzas que se desprenden de la obra de Quintiliano y acerca de la significación que, a mi juicio, deba corresponderle entre aquellos que en la historia de la cultura universal pueden ser considerados como hitos del largo y penoso caminar del pensamiento humano.

Procederé a ello apuntando, como preliminar, algunas consideraciones que estimo pertinentes.

RAZON DE ESTE COMENTARIO

Es corriente que en las solemnidades evocadoras de las grandes figuras que orientan a los hombres en el cumplimiento de sus fines, sean elegidas aquellas que de un cierto modo heroico descollaron en su tiempo. Por fortuna para nosotros, la historia de España está bien provista de las que pueden dar motivo a exaltaciones de tono pindárico; pero no sería nuestra fortuna para envidiada si a esos seres próceres no hicieran corte un buen número de aquellas otras individualidades que forman la representación de algo muy esencial en la vida de los pueblos.

Adalides y guías, figuras de excepción, son para deseados; pero no siempre la Providencia los produce. Seguramente necesitan una sazón y tempero humanos, y, si con tales circunstancias se dan, ya pueden reputarse por felices los pueblos beneficiados. En cambio, desdicha grande será si en todo tiempo y ocasión un pueblo no puede presentar un buen número de seres en los cuales encarne el buen sentido, el espíritu de asimilación de todo lo que significan las virtudes heroicas, aunque en ellos no las veamos más que traducidas a la práctica y lenguaje común. Estos hombres son los que hacen *humanos* y viables los grandes sueños de ideal, las supremas empresas de los héroes, las grandes virtudes de los santos y la ardida abnegación de los mártires.

Suelen pasar esos tales por la historia en un segundo plano de la misma; muchas veces sus nombres se han perdido obscurecidos por el ruido de aquellos otros más sonoros. Cristóbal Colón, Hernán Cortés, Pizarro son luceros rutilantes en el firmamento del imperio español. ¿Pero qué valor positivo, vital, no tienen aquellos colonizadores, aquellos misioneros, aquellos legisladores que, paso a paso, y a veces en completo anonimato, hicieron realidad para la vida los países descubiertos o conquistados por los genios, cuya labor es moldeada por sus sucesores?

Bien merecen también, de cuando en cuando, ser revisadas estas figuras modestas, estudiadas en su condición y valor humano

y propuestas como ejemplo y guía para todos aquellos que no estando predestinados a las grandes y definitivas responsabilidades de la historia, sin embargo, tejen en firme trabazón y continuidad los hilos geniales. De estos fecundos artífices tiene España representación bien antigua, por fortuna continuada en nuestra historia, en la cual no hay época ni aun siglo en el que no podamos dar como ejemplo de estos valores normales varios nombres beneméritos. Y estas figuras, en general, son caso notorio de asimilación, con capacidad bastante para irradiar, si no lumbrer de su propia substancia, calor suficiente para alimentar, y aun encender, focos de cultura con transcendencia que traspasa las fronteras peninsulares.

Cuando España, como fenómeno histórico, estaba en los momentos en que había de fraguarse el tipo de su individualidad, necesitó la levadura de la cultura romana, y tan propicia fué la masa que dió a la grande empresa de la Historia Universal, que no solamente el hispano se hace ciudadano romano, sino que inmediatamente encontramos entre nosotros una manera especial de entender el destino del pueblo rey y asimilarlo, y aun salvarlo, precisamente cuando aquél se descarriaba o corrompía. La propia unidad de Roma, resquebrajada en la capital del imperio, la veremos resucitada por los emperadores hispanos y en días críticos cantada como suprema aspiración del mundo cristiano en aquellos versos de nuestro Aurelio Prudencio, anhelante de una sola fe y de un solo mando, bajo los cuales se verificase la unidad de los hombres.

Es el mártir Lorenzo, tendido en su lecho de fuego, a quien el primer poeta latino cristiano hace prorrumpir en aquel himno vibrante en exaltación de la grandeza imperial de Roma:

O Christe, numen unicum...

donde no son motivos para renegar del título de romano las bárbaras persecuciones que los príncipes decretan.

Tú ¡oh Cristo!, esplendor y poder del Padre, artífice soberano del universo y de esta misma ciudad de Roma, cuyo cetro rige al orbe obediente a la toga quirinal, para juntar bajo una misma ley los pueblos más alejados por sus lenguas, por sus costumbres, por sus cultos. Ved el género humano todo él bajo la ley de Remo, unidas en el mismo sentimiento la más apartadas naciones; todo ello predestinado a que la gran familia cristiana, al derramarse por todas las tierras, pudiera tener un solo vínculo que la unificara...

Concede, pues ¡oh Cristo! a tu pueblo romano que la ciudad sea también cristiana, y así, siéndolo todas, una sola religión unirá a todos los miembros... Que los errores y las plagas todas vengan a verter a una misma fuente de la gracia; que pronto Rómulo se torne fiel y el mismo legislador Numa sea creyente.

AMBIENTE VITAL

No podrá concebir Fabio Quintiliano grandezas tales: eran sus días crepúsculo matutino y seguramente no fué de los que madrugaron para contemplar la naciente aurora; pero la predestinación de Roma sí la vislumbraba, y con afanes generosos luchó por un ideal de justicia y un orden moral, que los propios romanos olvidaban.

Corría el siglo primero de nuestra Era; ya las luminarias que Nerón criminalmente encendiera, habían horrorizado al mundo; el despotismo buscaba su seguridad abatiendo las más salientes figuras de Roma; era dura y difícil la vida para los hombres que no se esclavizaban al capricho tirano, y habían pasado los días de las grandes figuras de la Roma republicana y de los días augustales. Sólo unos pobres hombres despreciados por la generalidad, o al menos no tomados aún en cuenta, osaban emanciparse de idolatrías, que no contentas con las viejas mitologías, creaban dioses de cada uno de los emperadores. La persecución, el confisca-

miento, las cárceles y la muerte, eran patrimonio de esos extraños hombres, que anunciaban haber sido redimida la humanidad y practicaban leyes morales sorprendentes. Ellos fueron, en su absurdidad para la Roma de Nerón y Domiciano, los que podríamos llamar el estado heroico de futuras maneras históricas.

No había otros héroes en Roma.

La Roma oficial era, en general, deleznable, y aquí es donde, precisamente, se avaloran los hombres, que, librándose de la frivolidad corriente o de la inmoralidad descocada, son las resistencias con que cuentan las sociedades para perdurar en medio de lo que a su alrededor se derrumba. España da en tales momentos a Roma dos individuos representativos en Séneca y en Quintiliano, con las diferencias entre los dos esenciales y bien características, que aquí no nos proponemos comentar, puesto que nos hemos de constreñir a este último, a quien recientes conmemoraciones han dado oportunidad en las presentes horas.

Poniendo en su punto y justo medio elogios de ocasión, que no dejarían de ser justificados, conste que frente a nuestro Marco Fabio Quintiliano, el calagurritano nacido por ahora hizo unos mil novecientos años, no pretendemos celebrar a un héroe ni a un santo. Basta, y sea suficiente a su gloria, que le propongamos como un hombre *normal*, como un representante del *buen sentido*.

Gran virtud esta de la normalidad, y más si ella se mantiene rindiendo culto a las grandes virtudes y practicándolas en medio de la indiferencia, de la venalidad o de las aberraciones morales. El levantarse con sólo aquel prestigio e imponer respeto a su alrededor es ya mérito bien estimable. Cuando un cierto número alcanza esta prerrogativa, puede asegurar que aun hay pulso social e instinto de conservación. En definitiva, por el ejemplo de estos que no hacen más que cumplir con amor sus deberes, venerar la justicia, defenderla y practicarla como supremo remedio, nacerán en el momento oportuno los héroes, en los cuales encarne el ideal acariciado por los "hombres de bien", entre quienes han de aprender la belleza de las virtudes sociales los que aspiren a

imponerlas sobre las miserias y desmayos de las muchedumbres envilecidas.

Y he aquí lo que en medio de la sociedad romana, que moralmente habíase ya degradado, significa el maestro de retórica a quien Galba había hecho el honor de encomendar la primera cátedra pública, que a expensas del Erario aparece en Roma. Su labor docente, claramente reconocida, duró unos veinte años, que acaso coincidieron con sus mayores triunfos en el Foro. A aquella tarea militante y a estos honores renunció, para recogerse en sí mismo y seguir fiel a una vocación en él tan claramente manifiesta. La misión educadora que se impuso la colmó sobradamente a partir de este reposo voluntariamente buscado, y en el sosiego seguramente no alterado por remordimiento alguno, se compone el libro memorable *Oratoriae Institutionis*, en el cual, iba a decir, vierte sus ideas pedagógicas; más exacto será escribir la palabra *cincela* sus ideas, pues el cuidado, el esmero, la preocupación de la responsabilidad que contrae le hacen ir paso a paso, medir sus palabras y acompasar la expresión a la proyección fiel del pensamiento.

Para valorar más la significación humana de este libro, hay en él también un alto en el camino; unas páginas doloridas y amargas, en que el marido y el padre desafortunado dejan caer lágrimas irreprimibles, al tiempo que el *estilo*, manejado con mano contraída, araña con ritmo alterado las tablas donde se consigna la soledad en que queda un corazón amante.

Parece que la vida de Quintiliano fué bastante dilatada y que ella se desenvolvió en ambiente de áurea medianía; de seguro el más adecuado para producir un libro en el que, ciertamente, el contenido es, diríamos, técnico y profesional, pero que todo él está impregnado de una preocupación moral que, sin tender a posiciones heroicas, es la expresión exacta de lo que llamaríamos el *justo medio*.

Por esta tónica de nuestro autor, sorprenden en él las tristes palabras de servil adulación con que enaltece a su protector Do-

miciano. En otras lisonjas de poco escrupulosos poetas y escritores sus contemporáneos, no nos hace meilla la venalidad de los autores; pero en las *Instituciones Oratorias* han llegado a parecer imperdonables las frases que no nos repugna ver escritas en los libros de Stacio o de Marcial. Y, sin embargo, esta debilidad, que no supo o no pudo superar el retórico, bien a las claras nos confirma en la idea que antes hemos apuntado sobre la verdadera significación de la personalidad del maestro. Una vida honorable, toda ella consagrada con abnegación a la afirmación de los ideales y de las prácticas de una moralidad depurada, tanto en el orden familiar como en el social y en el de la profesión jurídica, tiene su sombra (tan pocas veces evitable en la condición de la imperfección humana) en aquel postrarse con el pensamiento y con la palabra a los pies de un tirano, del cual no sabemos a punto cierto si Quintiliano hace elogios por favores recibidos o con ello se previene de la suerte fatal que era corriente amenazarse a quienes los déspotas habían otorgado su favor. Y no en vano lo hemos advertido ya: no aspiró a lo extraordinario, ni acaso su espíritu, desde la juventud habituado a un camino fácil para el vivir y con dotes naturales para triunfar, no tuvo que forjarse en el crisol de las contrariedades, que depuran y predisponen a los nobles y costosos sacrificios. Cuando el vendaval amenazaba o acaso hería a próceres figuras, muy de humana condición fué siempre para la mayoría encogerse y replegarse en humillante gesto, hasta que el huracán pasa. Otro español, nuestro Marcial, tiene frase despectiva para estos momentos en que Roma amenazaba a sus elegidos. Vuelve a España "a levantar su cabeza, encorvada por el yugo de Roma".

Marcial huye de Roma. Quintiliano se acomoda a las circunstancias, pero con una notable diferencia: aquél ha mendigado favores y ha puesto contribución a los poderosos mediante su cáustica vena; acaso sólo cuando ésta ya no es temible comprende lo inútil de sus estratagemas y vuelve a su Patria. Ni mendicante, ni altanero, ni cáustico, Quintiliano conserva siempre un decoro

que bien puede suponerse le granjeó respetos y consideraciones tal vez estimados con hiperbólicas palabras. Al fin y al cabo ellos no eran sino el lenguaje usual y corriente con que se ha saludado en todos los tiempos a quienes tienen en su mano los honores, las riquezas o las delegaciones de mando, con incontrastable autoridad para otorgarlos.

Pero dejemos al hombre y entremos en su obra.

RAZON DE LAS INSTITUCIONES

En los días de Quintiliano, aquella elocuencia elegante y señoril de Cicerón, aquella su expresión refinada, sin afectación ni artificio, iba siendo sustituida por el pensamiento conceptuoso, por los contrastes paradójicos, por las subyugantes metáforas, por las anfibologías elegantes, y era otro español, el gran Séneca, quien daba el ejemplo, y como su autoridad en los días de Nerón llegó a ser incuestionable, el nuevo estilo, muelle y artificioso, deslumbraba a la juventud. Disculpable era imitar a tal maestro, pero es peligro grave y fenómeno de todos los días que cuando la juventud inexperta se propone por modelos a estos geniales orfebres del concepto, o la expresión, a lo más que alcanza, en la mayoría de los secuaces, es a quedarse con lo puramente formal, lo, al fin y al cabo, pasajero y deleznable. Les faltó, a menudo, el contenido; hablaron o escribieron sin tener nada que decir ni pensamiento que consignar, y de ellos quedó sólo el ruido; si queréis, la música del bello sonar de las palabras, recreo de los oídos, pero fatalmente adormecedoras del espíritu, porque no llevan consigo la misteriosa vibración del pensamiento que entra en el alma y con ésta se concierta en actividad y colaboración creadora.

Hay que volver por el buen sentido; por la serena expresión de las ideas, por los conceptos que encarnan valores permanentes y trascendentes; hay que poner dique a las aguas turbias en que se agitan los que se llaman intérpretes y aplicadores del Derecho.

Lo reclama la dignidad de la toga y la dignidad del imperio romano, a la cual miran muchos aún con ojos asombrados, no pocos ya con guiño burlón y escéptico, eterno preludio de las grandes crisis sociales y políticas.

Autoridad hubiera tenido Quintiliano para dictar por sí solo este código del buen sentido, que tituló *De Oratoria Institutione*; pero aquella natural modestia en él característica le hace buscar respaldo en quien podía presentar como ejemplar intachable en Cicerón; y que al hacerlo así no se equivocaba, bien lo ha demostrado el juicio de la posteridad.

La moda de aquellos días repudiaba a Tulio, quizá por la única razón de las osadías juveniles, a las que seguramente pocos se sustrajeron, ni sabrán sustraerse los que nos sigan. Pues bien, Quintiliano evoca la figura ilustre y en su compañía llega a la tribuna, acude al foro y ante quienes obstinadamente cerraban ojos y oídos, despliega la grandeza del arte soberano del maestro, y, como él sabe bien internarse en el pensamiento y en los recursos expresivos de Marco Tulio y de todos los grandes oradores y de los poetas y de los autores dramáticos, acierta a reunir en caudal ancho y hondo la riqueza de aquellos manantiales.

El hará distinguir a sus discípulos lo que es fecundidad y lo que es estéril; lo que es aspereza y estridencia y lo que es armonía; lo que es hinchazón y vanidad y lo que es nervio y elevación; lo que es bajeza, tosquedad y chabacanería y lo que es naturalidad simpática y atrayente; lo que es rebuscamiento, tortuosidad y sombras, de lo que es sencillez, transparencia y tersura.

Las *Instituciones Oratorias* son resumen de estas lecciones dictadas por el buen juicio y enriquecidas por el valor inestimable de la propia experiencia. El prestigio de que goza la obra adquirió su máximo punto hacia mediados del siglo XV, y desde el momento en que el manuscrito fué encontrado en el Monasterio de Saint-Gal, en 1415, las ediciones se multiplicaron, y hay que convenir en que los elogios que entonces merecieron, y que se repitieron hasta los albores del romanticismo, estaban bien justifi-

cados. Desde fines del siglo XVIII y todo el siglo XIX, la pasión romántica, concediendo a las aptitudes nativas libres de toda traba y brida, el solo origen de la elocuencia oscureció el brillo de las *Instituciones* y arrumbó sus preceptos como cosa anticuada.

Y, sin embargo, basta recorrer hoy (tiempos en que la serenidad ha vuelto a sus cauces y que las leyes del proceso lógico y del artístico han recobrado su debida valoración) aquellas páginas para que nos encontremos a cada momento con ideas que una pedagogía reputada por novísima y de gran aparato científico ha estimado por la invención más original. Así, hojeando en el capítulo primero del *Libro primero* ya nos encontramos aquellas admoniciones con respecto a la atención que precisa el niño desde su primera infancia, no mejoradas por la más flamante psicología actual. En ellas, un buen sentido guiado por la observación cuidadosa de las aptitudes de la niñez llega a esta afirmación tan en consonancia con una buena doctrina psicológica: "A la manera que la Naturaleza crió a las aves para volar, a los caballos para la carrera y a las fieras para la bravura, no de otra suerte nos es peculiar a los hombres el ejercicio y agudeza del entendimiento, lo cual bien nos demostrará por sí solo que el origen del alma es celestial."

Bien lejos esta afirmación de la doctrina roussoniana; pues si, en efecto, el alma por su mismo origen nace dotada de sus naturales aptitudes, no cree Quintiliano que el abandonar al niño a sí mismo, ni el sustraerle a la vida social pueda hacer otra cosa sino velar, viciar y descarriar aquellas originarias dotes. Para un cristiano esas perfecciones naturales del alma humana quedan a merced del estigma impreso por el pecado original, y para la ciencia biológica se demuestra la condicionalidad a que se halla sometida la actividad psíquica; una y otra razón son suficientes para acreditar el tino con que Quintiliano recomienda insistentemente los cuidados que en la infancia corresponden a los padres, a los ayos y a los primeros maestros, y a determinar aquellos trabajos que en la niñez eviten la holganza nociva, y la sustituyan

con ejercicios atrayentes de la atención del niño, adiestrándole para mayores empresas, pues "así como hay ciertos movimientos a los que sólo puede acostumbrarse el cuerpo tierno, así también sucede con los ánimos, los cuales, si se dejan endurecer, se inhabilitan para recibir un día enseñanza provechosa".

Y aquí es donde la elevada preocupación de Quintiliano por la responsabilidad que padres y maestros contraen ante la niñez, escribe aquellas palabras llenas de emoción: "Ante cada niño que se le entrega al Maestro debiera éste hacerse cuenta de que acaso se le confía un Alejandro", y, en verdad, que, al fin y al cabo, nunca sabremos en quién la Providencia ha fijado su dedo para señalarle un destino superior.

ENSEÑANZA PRIVADA Y PUBLICA

Hemos marcado hace un momento la contraposición de la doctrina de Quintiliano con las corrientes libertarias del romanticismo. Quizá el instante en que se hace más patente esa disparidad es en aquel capítulo segundo del *Libro primero*, donde se plantea la ya, como se verá, añeja cuestión de si puede ser más útil para la formación de un niño la enseñanza doméstica que la asistencia a las escuelas públicas, o como diríamos hoy, a la enseñanza en Escuelas, Colegios o Institutos. Decide el pleito Quintiliano en favor de la enseñanza colectiva, y entre las razones que alega, casi todas en apoyo del espíritu de sociabilidad y convivencia a que se debe habituar al niño, he de anotar una que al Maestro se refiere y en la cual se revela la perspicacia de nuestro autor. Dice: "El Maestro que en verdad lo es gusta de muchos discípulos, y se goza de trabajar con ellos; mas aquel que es limitado seguramente no llevará a mal emplear su tiempo con un solo discípulo, porque así le será más fácil ocultar su insuficiencia."

Entusiasta de la noble emulación que una reunión de escolares puede entre ellos despertar (en el supuesto de la conveniente

selección de los niños), sin embargo, prudentemente la condiciona a que el Maestro no se encargue de mayor número de discípulos de los que puede enseñar, y con los que pueda tener amistoso trato; cualidad que, si existe, revela bien a las claras que el Maestro no lo es por oficio mercenario, sino que lo ennoblece por la espiritualidad que pone la vocación en aquello en que naturalmente se emplea. Seguramente que si tal es el Maestro bien sabrá él que, así como "los vasos de boca angosta no reciben el líquido que se les envía de golpe, y en cambio se llenan hasta el borde cuando se les echa gota a gota o hilo a hilo, así tendrá buen cuidado de no agobiar con tareas desmedidas la debilidad de los discípulos".

Los modernos planes de estudios harían bien en no olvidar tal advertencia, y si un día no se tuvo presente, rectificar cuanto antes.

Es axioma en todos los países cultos encomiar el valor del reposado estudio de la lengua propia como el medio más eficaz para la formación de una cultura reflexiva y capaz de buscar expresión precisa y clara. Pues bien, Fabio Quintiliano juzga las normas de hablar y escribir correctamente de utilidad incuestionable, y en sus palabras se trasluce que ya entonces, como ahora, no pocas gentes opinaban despectivamente de la disciplina gramatical. Reconoce el Maestro que, a veces, se gastó el tiempo en cosas demasiado mecánicas y en necias disputas, a las que algunos llaman gramática, a la cual, dice él, lo que verdaderamente daña es lo superfluo, pero cuya eficacia está bien manifiesta cuando las leyes gramaticales son no lo pueril y nimio, sino lo permanente y esencial, concluyendo en estas humorísticas palabras: "Que seguramente no embarazarán estas reglas a los que pasan por ellas, sino a aquellos que no pasan de ahí."

Feliz alusión a las pocas y presumidas letras.

LOS PLANES Y METODOS INFLEXIBLES

Ha sido lugar común para la crítica del arte pedagógico el condenar los procedimientos rutinarios con que han solido actuar no pocas escuelas, al uniformar el estudio y los trabajos escolares, sin tener en cuenta las especiales aptitudes de los discípulos, y véase cómo no se ha de esperar a Nebrija o al insigne Vives, ni llegar hasta Huarte de San Juan para encontrar en el *Libro segundo*, capítulo noveno de las *Instituciones*, anticipos de lo que llamaríamos la psicología del niño y de sus aplicaciones a la vocación y a la orientación profesional, según la entendemos actualmente.

“Tienen, y no sin razón, por una de las cualidades de un maestro, el inquirir con todo cuidado el ingenio de sus discípulos y el saber por dónde le llama a cada uno su naturaleza. En lo que hay tanta variedad, que no son los semblantes más diversos que lo son los ingenios. Esto, aun en los oradores lo podemos ver: de los cuales ninguno se conforma con otro en el estilo, por más que la mayor parte de ellos se hayan propuesto imitar a los que merecieron su aprobación. Por tanto, pareció útil a los más enseñar a cada uno conforme a lo que pide su ingenio, ayudándole a aquello mismo a donde, principalmente, le llama la naturaleza. Así como si un hombre muy práctico en la palestra entrase en la escuela, en que hay un gran número de niños, hecha experiencia de sus fuerzas corporales, y de su valor, conocería a qué género de ejercicio se le debía aplicar a cada uno; a esta manera, cuando el maestro [de retórica] hubiese empleado su sagacidad en discernir el talento de cada discípulo (viendo quién gusta de un estilo conciso y limado, y quién del vehemente, grave, dulce, áspero, florido y agraciado) se acomodará tanto al genio de cada uno que les vaya llevando por donde cada cual sobresale. Pues la naturaleza ayudada del cuidado puede más; y el que es guiado contra su inclinación no logrará jamás lo que no fragua con su ingenio.

y perderá sus fuerzas por abandonar aquello para lo que parecía haber nacido... (1)."

"Porque, añade, debemos indagar la naturaleza de los talentos; y nadie negará que aun se debe hacer elección de los estudios en que deben emplearse. Unos habrá acomodados para escribir historias, otros para la poesía, otros para la jurisprudencia, y quizá habrá algunos que no sean más que para cavar viñas..."

"Seguramente hay quien no tiene ingenio para todo; aplíquesele, pues, a lo que puede. Dos cosas se han de tener presentes en esto: la primera, el no ponerse a lo que no puede lograrse; la segunda, que no se le aparte a ninguno de aquello en que puede ser sobresaliente, para aplicarle a otra cosa a que no se siente inclinado."

EL ALMA DEL MAESTRO

En el *Libro segundo* adquirió justa celebridad aquel capítulo segundo, dedicado a la conducta y obligaciones del Maestro. Verdaderamente que nada nuevo hay que añadir hoy a aquellas palabras:

"Lo primero de todo, el Maestro revístase de la naturaleza de padre, considerando que les sucede en el oficio de los que le han entregado sus hijos. No tenga vicio alguno, ni lo consienta en sus

(1) "*Virtus praeceptoris haberi solet, nec immerito, diligenter in iis, quos erudiendos susceperit, notare discrimina ingeniorum, et quos quemque natura maxime ferat, scire. Nam est in hoc incredibilis quaedam varietas, nec pauciores animorum paene, quam corporum, formae. Quod intelligi etiam ex ipsis oratoribus potest, qui tantum inter se distant generi dicendi, ut nemo sit alteri similis; quamvis plurimi se ad eorum, quos probabant, imitationem composuerint. Utile deinde plerisque visum est ita quemque instituere, ut propria naturae bona doctrina foverint, et in id potissimum ingenia, quo tenderent, adjuvarentur: ut si quis palaestrae peritus, quum in aliquod plenum pueris gymnasium venerit, expertus eorum omni modo corpus animumque, discernat, cui quisque certamini sit praeparandus; ita praeceptorem eloquentiae, quum sagaciter fuerit intuitus, cujus ingenium presso limatoque genere dicendi, cujus acri, gravi, dulci, aspero, nitido, urbano, maxime gaudeat; ita se commodaturum singulis, ut in eo, quo quisque eminet, provehatur; quod et adjuta cura natura magis evalescat; et qui in diversa ducatur, nec in iis, quibus minus aptus est, satis possit efficere, et ea in quae natus videtur, desexendo faciat infirmiora.*"—*Libro 2.º* Cap. VIII, Edición de C. V. Ouirille, París 1839.

discípulos. Sea serio, pero no desapacible; afable, sin chocarrería; para que lo primero no le haga odioso, y lo segundo despreciable. Hable a menudo de la virtud y honestidad; pues cuantos más documentos dé, tanto más ahorrará el castigo. Ni sea iracundo, ni haga la vista gorda en lo que pide enmienda; sufrido en el trabajo; constante en la tarea, pero no desmesurado.

Responda con agrado a las preguntas de los unos, y a otros pregúntelos por sí mismo.

En alabar los aciertos de los discípulos no sea escaso, ni prolijo; lo uno engendra hastío al trabajo; lo otro, confianza para no trabajar. Corrija los defectos sin acrimonia ni palabras afrentosas, pues muchos abandonan el estudio al ver que se les reprende como si se les aborreciese.

Aunque la lección de los autores suministrará abundantes ejemplos para la imitación, la viva voz mueve más, principalmente la del Maestro, a quien los discípulos de buena condición aman y veneran. Pues no se puede ponderar con cuánto más gusto imitamos a aquellos a quienes estimamos..."

Quizá pueda tacharse de obra excesivamente intelectualista la de Quintiliano, pero será si se pasan por alto capítulos enteros, en los cuales predica como esencial para una completa formación aquellos ejercicios o deportes que pueden avivar el ingenio o la emulación, y donde se pueden descubrir inclinaciones naturales, porque entonces no se velan con el fingimiento.

Todo esto es, en la actualidad, asentado como fundamentales bases de una pedagogía racional, y todo ello es atendido en diversas partes de las *Instituciones*, y a veces con insistencia de quien lo considera no como algo accesorio o complementario, sino como íntimamente unido a la perfecta formación humana.

NATURALEZA Y ESTUDIO

Y sea ya suficiente lo dicho acerca de Fabio Quintiliano como maestro de Pedagogía. Detengámonos unos instantes para considerar como él concibe al orador, al jurista y al hombre político. Cuál ha de ser su formación.

Toda la doctrina o teoría referente a la elocuencia es encauzada por nuestro autor, previniéndose con cuanto habían expuesto los retóricos predecesores, contrastando sus opiniones, sopestando el valor de los preceptos y la utilidad, que para ayuda de la Naturaleza pueden tener las leyes que regulan el arte. Ante todo, vésele afrontar, entre humorístico y severo, la opinión de los que reniegan de toda preceptiva, pues bastará, según los tales, con lo que la Naturaleza enseña y la práctica impone para lograr éxitos felices y aun se ufanan de que el mayor ingenio halla, a menudo, trabas si se deja guiar por la disciplina de las normas artísticas.

Párase ante ellos Quintiliano, y comentando su desatino, los compara a aquellos que juzgaran por el más valeroso, al que, sin saber manejar las armas, entrase en la pelea, o al luchador que, sin otra maña, pretendiese derribar a su contrario con sólo el peso de su cuerpo, cuando precisamente ese cuerpo, robusto y pesado, puede ser el que vaya a tierra ante la habilidad del competidor que sabe hurtarse.

Prudente y discreto, está bien lejos de pretender que las reglas sean algo inflexible e inviolable, lo cual, en último término, sería no poca comodidad, pues el secreto de los grandes artistas no estaría más que en un formulario. Bien observa que el campo en que el orador ha de actuar es, en cierto modo, campo de batalla, en el cual la imposición de tácticas sin flexibilidad daría por resultado las más trágicas sorpresas, puesto que en acción de guerra bien es el ir apercibido de aquellas enseñanzas fundamentales, pero más necesario es advertir que en cada caso puede cambiar la escena donde han de moverse los combatientes, y así la suprema

ley a que hay que estar atentos es a aquella que nos ordena el quebrantamiento de los preceptos usuales cuando la utilidad lo pide. Su propia experiencia le sostiene en esta opinión, pues en muchas ocasiones confiesa haberse encontrado en la necesidad de olvidar reglas generales, y aun quebrantarlas totalmente. "Que a menudo se habrá de abandonar el camino real para buscar el atajo, y si un torrente rompió los puentes e inundó las carreteras, habráse de buscar el rodeo, y si las llamas prendieron en las puertas y los umbrales arden, no habrá otro remedio que saltar por las ventanas."

MEJOR QUE BIEN DECIR ES BIEN OBRAR

Prendado del arte que profesó con tanto cariño y en el cual logró aplausos (bien se echa de ver entre líneas la nostalgia de ellos), ¡con qué entusiasmo hace elogios de la elocuencia y encomia la utilidad del arte de la retórica cuando este arte de bien decir no se emplea sino en decir y en defender lo que es honrado! "Principio que debe ser por todos confesado y que yo — dice Fabio Quintiliano — proclamo como fundamental: No es posible separar el oficio del orador de la bondad moral."

Suelen traducirse las palabras de Quintiliano que hacen de epígrafe en el Capítulo XX del *Libro segundo* *AN RHETORICE VIRTUS SIT* en los siguientes términos: *Si la retórica es una virtud*. No hay que poner reparo a la traducción gramatical si se lee con detenimiento todo el contexto del capítulo, pues entonces la ingenuidad que podía significar esa expresión queda perfectamente aclarada. Se propone el maestro dilucidar si el arte de la retórica es una de aquellas que, por su naturaleza, ni son buenas ni son malas, sino indiferentes, dependiendo su moralidad del uso que de ellas se haga.

Bien quisiera Quintiliano que este arte del bien decir pudiera predicarse como cosa realmente laudable en sí misma; pero reconoce haber quienes del bien decir y de la elocuencia pueden pro-

ponerse un fin inmoral o, al menos, la frivolidad de un entretenimiento, como el de aquel que a la vista de Alejandro mostraba su habilidad en ir desde cierta distancia ensartando en una aguja varios garbanzos, que indefectiblemente quedaban allí prendidos. Destreza por el gran Alejandro humorísticamente premiada haciendo que al prestidigitador se le regalase un celemín de aquéllos. Premio, después de todo, muy en consonancia con el trabajo realizado.

Lejos de estas pueriles vanidades, quería Quintiliano ver a la retórica; la cual, por sí misma, por lo que tiene de excelso entre las más altas facultades humanas, *pensar y hablar*, concluye nuestro autor que ella en sí es ya una virtud, y el lograr su perfección es, en cierto modo, virtud también, que por su propia naturaleza repugna fines bastardos.

Convengamos en que su honrado optimismo puede pecar de candoroso ante las realidades de las miserias humanas, que no ya las artes, no ya las ciencias, sino a veces la misma religión son tomadas como instrumento para fines torcidos. Sin embargo, este peligro no se le escapa en su devoción por la belleza del arte oratorio, sino que reconociendo la trascendencia del mismo y el fatal influjo que (no digamos la maldad, basta el apasionamiento) puede tener en la sociedad, se levanta su indignación condenando, sin disculpas ni atenuaciones, a quien sirviéndose del don natural de la elocuencia y del arte en ella adquirido pueda defender causas injustas, torcer la verdad o disfrazarla, arrastrar a los ignorantes al crimen o jugar con la suerte de las repúblicas.

"El orador, pues, para cuya instrucción escribo, debe ser como el que Catón define: *Un hombre de bien, instruído en la elocuencia*. Pero la primera circunstancia que él señala es, por su misma naturaleza, la mejor y la mayor; esto es: el ser un hombre de bien; no tan solamente porque si el arte de decir llega a disfrazar la malicia, ninguna cosa hay más perjudicial que la elocuencia, ya en los negocios públicos, ya en los particulares, sino porque yo mismo (que en cuanto está de mi parte me he esforzado en con-

tribuir en alguna cosa a la elocuencia) haría también el más grave perjuicio a la humanidad disponiendo estas armas, no para un soldado, sino para algún ladrón.

“¿Pero qué digo de mí mismo? La propia Naturaleza, singularmente en aquello que parece concedió al hombre y con lo que nos distinguió de los demás animales, no hubiera sido madre, sino madrastra si nos hubiera proporcionado la elocuencia para que fuese compañera de los delitos, contraria a la inocencia y enemiga de la verdad. Porque mejor hubiera sido nacer mudos y carecer de toda razón que emplear en nuestra propia ruina los dones de la Providencia.

“Y aun más adelante pasa mi modo de pensar. Porque no solamente digo que el que ha de ser orador es necesario que sea hombre de bien, sino que no lo puede ser sino el que sea honrado. Porque en la realidad no se les ha de tener por hombres de razón a aquellos a quienes, habiéndose propuesto el camino de la virtud y el de la maldad, quieren más bien seguir el peor; ni por prudentes a aquellos que no previendo el éxito de las cosas se exponen ellos mismos a la sanción que llevan consigo las leyes y que son inseparables de la mala conciencia. Y si no solamente dicen los sabios, sino que también la gente vulgar ha creído siempre, que ningún hombre malo hay que al mismo tiempo no sea necio, cosa clara es que ningún necio podrá jamás llegar a ser orador” (1).

(1) “SIT ergo nobis orator, quem constituimus, is, qui a M. Catone finitur, *vir bonus, dicendi peritus*; verum, id quod et ille posuit prius, et ipsa natura potius ac majus est, utique *vir bonus*. Id non eo tantum, quod, si vis illa dicendi malitiam instruxerit, nihil sit publicis privatisque rebus perniciosus eloquentia, nosque ipsi, qui pro virili parte conferre aliquid ad facultatem dicendi conati sumus, pessime mereamur de rebus humanis, si latroni comparamus haec arma, non militi. Quid de nobis loquor? Rerum ipsa natura in ei, quod praecipue indulsisse homini videtur, quoque nos a ceteris animalibus separasse, non parens, sed noverca fuerit, si facultatem dicendi, sociam scelerum, adversam innocentiae, hostem veritatis invenit: mutus enim nasci, et egere omni ratione, satius fuisset, quam Providentiae munera in mutuam perniciem convertere.

Longius tendit hoc iudicium meum: neque enim tantum in dico, eum, qui mihi sit orator, *virum bonum esse oportere*; sed no futurum quidem oratorem, nisi virum bonum: nam certe neque intelligentiam concesseris iis, qui, proposita honestorum ac turpium via, pejorem sequi malent, neque prudentiam, quum in gravissimas frequenter legum, semper vero malae conscientiae, poenas a semet ipsi improviso rerum exitu induantur. Quod si neminem *malum esse, nisi stultum eundem*, non modo sapientibus dicitur, sed vulgo quoque semper est creditum, certe non fiet unquam stultus orator.”—Libro 12, Cap. I. Edición citada.

¿Qué hubiera dejado escrito Quintiliano si a su experiencia y conocimiento de lo que hasta él pudo llegar hubiera previsto días cercanos a nosotros, en los cuales a tantos necios hemos visto oradores aplaudidos, levantándose prestigios y, lo que es más, encaramándose como directores de los pueblos, quienes, después de los fuegos artificiales de una elocuencia vacía no dejaban tras de sí otra cosa que ineptitud, utopías o acaso lágrimas en los infelices arrastrados al desastre?

La templanza, virtud característica en todas las *Instituciones Oratorias*, llega a transformarse en emoción cuando ya su autor, casi recapitulando sus enseñanzas, parece comprender que si el hombre, cuya misión es la defensa de la justicia o los supremos intereses de la Patria, ha de contentarse solamente con ser *vir bonus*, aun no logra las cualidades que deben acompañarle en su misión. Podrá ocurrir que las circunstancias exijan temple excepcional, y entonces el orador debe afrontar la situación sin desmayos. Ciencia, arte, facundia, todo puede ser, en ocasiones, muy poca cosa, si no reúne a estas prendas una, la más excelente: grandeza del corazón, a la que ni el temor abata, ni las voces contrarias ni el tumulto amilanen, ni aun siquiera la autoridad y alcurnia de los oyentes detenga, para decir la verdad y toda la verdad.

CONCESIONES INEXPLICABLES

Cierto que después de dibujar con tan firmes trazos al orador ideal a que se aspira, no hay manera de conciliar estas palabras con los ecos que en nuestros oídos dejaran aquéllas, en las cuales concede este tan prudente moralista una cierta licencia para que la retórica pueda ser arte de engaño: "Confieso—dice—que la retórica alguna vez presenta lo falso por lo verdadero, si bien no por eso hemos de creer que ella versa sobre falsas opiniones, pues no es lo mismo creer una falsedad que tener la astucia de hacer creer a los demás que lo falso es verdadero."

Y no es aún bastante. En el *Libro XII*, capítulo I, pide que se le conceda la posibilidad de que, en algún caso, un hombre de bien pueda faltar a la verdad, y aun con muy leves causas.

Lunares como éstos no son frecuentes en el gran maestro; por el contrario, ciertos escrúpulos morales, sentidos en días de general corrupción, llegan a hacer sospechar que hay en él cierta vaga y difusa influencia cristiana. Mas ciertamente que por un lado su tiempo, por otro la profesión de la abogacía y, sobre todo, el tono temperamental, que hicimos notar, le tientan a flaqueza, bien distante de aquella resuelta opinión de un San Agustín cuando prueba la ilicitud de la mentira, en todo caso y bajo ningún pretexto, según ya había dicho el *Libro de la Sabiduría*. "La boca que miente causa la muerte del alma."

EXACTA VALORACION DEL MAESTRO

Para no pocos es Fabio Quintiliano un buen recapitulador de doctrinas precedentes y uno de tantos preceptistas que han llenado páginas con advertencias más o menos adecuadas a su tiempo, o, a lo más, aprovechables desde un punto de vista variable, según cambian los gustos artísticos.

Es pobre este juicio y basado sobre un desconocimiento de las *Instituciones*. Hay muchos capítulos en ellas que aun en lo concerniente a normas y preceptos que, en efecto, pueden tener condición de caducidad, por lo que el criterio artístico encierre de mudable, permanecen allí, con un valor relativo; y abundan también reflexiones de universalidad tan patente, que podrían parecer consignadas para los días en los cuales tanto se vicia el arte de hablar y escribir con extravagancias, so pretexto de originalidad; con metáforas propias de conversaciones entre alienados; con incongruencias que llegan a lo bufo (tanto más cuanto de más solemnidad se las reviste), o al empleo de lugares comunes que una moda impone con toda la triste secuela de no poder ha-

llar en ellos sino rutina, en vez de convicción, pobreza de pensamiento y falta de sindéresis.

Con certero tino escribe en el *Libro VIII*: "No cuidemos sólo de las palabras, sin cuidar de los pensamientos, y condenemos la opinión de aquellos que se envejecen en el estudio de una vana algarabía de vocablos, con los que pretenden dar hermosura a su razonamiento. Las palabras embellecen, es cierto; pero han de ser empleadas con naturalidad. La afectación las hace despreciables." (1).

Prosigue haciendo notar cómo un estilo especioso y relumbrante, muchas veces afemina ideas y oscurece pensamientos, siendo de lamentar lo a menudo que se ve ir a caza de figuras y metáforas y forjarlas sin ton ni son, hasta el punto de necesitarse de un entendimiento milagroso para calar el pensamiento de los que intentan así ser elocuentes.

Llega un momento en el cual no es ya de advertir de tales falacias y prevenir contra ellas, lo que hace Quintiliano, sino que, con un gracejo lleno de socarronería riojana, piensa en los lectores u oyentes devotos de los autores que gustan de aquellos desmanes; alude a la caterva de los que forman corte alrededor de los más oscuros y dislocados, presumiendo de que ellos sí que entienden aquellas nebulosidades y dislates, y ya que no sean capaces de distinguirse por crear estas locuras, se contentan con pasar plaza de intérpretes perspicaces, juzgarse de los selectos y quedar muy pagados de su ingenio y excelencia entre las buenas gentes, que no aciertan a explicarse quién tiene menos adarmes de buen sentido, si los malabaristas autores o sus corifeos que los aplauden.

Y aun hay otra ocasión en el capítulo IV del *Libro IX*, donde al lector le brota la sonrisa, cuando alude el maestro a los

(1) "Non ideo tamem sola est agenda cura verborum; occurrant enim necesse est, et, velut in vestibulo protinus apprehensuris hanc confessionem meam, resistam iis, qui, omissa rerum (qui nervi sunt in causis), diligentia, quodam inani circa voces studio senescunt: idque faciunt gratia decoris; quod est in dicendo, mea quidem opinione, pulcherrimum, sed quum sequitur, non quum affectatur." (*Libro 8.º: Proemium*)

depuradores de textos, que en su afán de que éstos se ajusten a su criterio, más o menos científicamente adquirido, suelen mudar lo que les place y reprender la ignorancia de los copistas, cuando no pocas veces muestran la suya o acreditan su osada necedad.

En esta justa crítica y en no abandonar el buen sentido es Quintiliano verdaderamente representativo. Ya que no pueda alzarse, entre los autores hispanolatinos de la época imperial, a la altura de un Séneca, el filósofo, o de un Lucano, ocupa su lugar de maestro con una dignidad y decoro que fueron bien útiles para retardar, al menos, la total depravación del gusto.

La autoridad de nuestro don Marcelino Menéndez y Pelayo nos dejó acertadamente valorados, como siempre, en su *Historia de las ideas estéticas*, los méritos del escritor calagurritano. En no pocos momentos el elogio es cálido; pero queda, a mi entender, en sus justos límites en la nota con que guía a los que hayan de estudiar las *Instituciones*, apuntando en ella las ediciones más autorizadas y los estudios críticos que hasta su tiempo habían aparecido, tanto sobre los textos como sobre las fuentes de que se había servido Fabio Quintiliano. Al llegar a esta parte, nuestro insigne maestro reconoce que las críticas acerca de la escasa originalidad de que se acusa al hispanolatino pueden tener su fundamento, y escribe estas palabras: "... no podemos prescindir de la opinión de aquellos que apenas quieren ver en Quintiliano más que un compilador disertado, dotado de gran habilidad de estilo para hablar vagamente, y sin aventurarse, sobre libros que no había leído, y una especie de sofista honrado (*more isocratico*) que, a la larga, llega a hacerse tan empalagoso como todos los autores que tienen constantemente razón y que ni por casualidad resbalan en una imprudencia de pensamiento ni de frase. Su elegancia resulta monótona; su virtud, afectada; su sensibilidad, sentimentalismo, y él, un pedagogo, aunque sea el fénix de la Pedagogía. Todo esto puede ser verdad, y lo es de fijo, que la sangre española nos llevará siempre a poner el bizarro desenfado

y la indómita arrogancia del arte de Séneca y de Lucano sobre el buen sentido, algo prosaico, el templado eclecticismo y la corrección un tanto relamida de Quintiliano, cuya honrada y censoria fisonomía parece reproducirse, a través de muchos siglos, en su casi paisano don Ignacio de Luzán. Pero el recto juicio también es cualidad harto rara para que pueda menospreciarse, y después de las monstruosidades literarias y morales de la época neroniana parece que trae reposo y consuelo al ánimo el respirar aquella atmósfera suave y un poco tibia en que imperaron Tito o Nerva, y en que escribió y enseñó Quintiliano."

Quizá éste es el juicio que más conviene al autor de las *Instituciones oratorias*, y, después de todo, es el que mejor cuadra con el temperamento y condición humana que le hemos señalado. Su genio no era el más adecuado para innovar; pero su buen criterio alcanzó autoridad suficiente para oponerse a la moda decadente y enfermiza, y gracias a él se restauraron la lengua latina, el estilo de no pocos escritores y la oratoria. Fué un dique, no un propulsor. Algo muy distinto del papel que correspondió, andando los siglos, a otro español humanista, admirador de Cicerón, preceptista como Quintiliano, pero hombre del Renacimiento, con todas las ansias de universal cultura que a estos hombres inquietaban. Me estoy refiriendo al maestro Antonio de Nebrija, al primero que en nuestra España, en el siglo XV, indicó, con los necesarios prestigios para ello, "el camino hacia las antiguas fuentes de la sabiduría antigua", creando el medio adecuado con sus *Introducciones latinas o Arte literaria*, y el que justipreció, entre los más tempranos, los méritos del autor de las *Instituciones* en aquel su libro *De artis rhetoricae compendiosa coaptatione ex Aristotele, Cicerone et Quintiliano*.

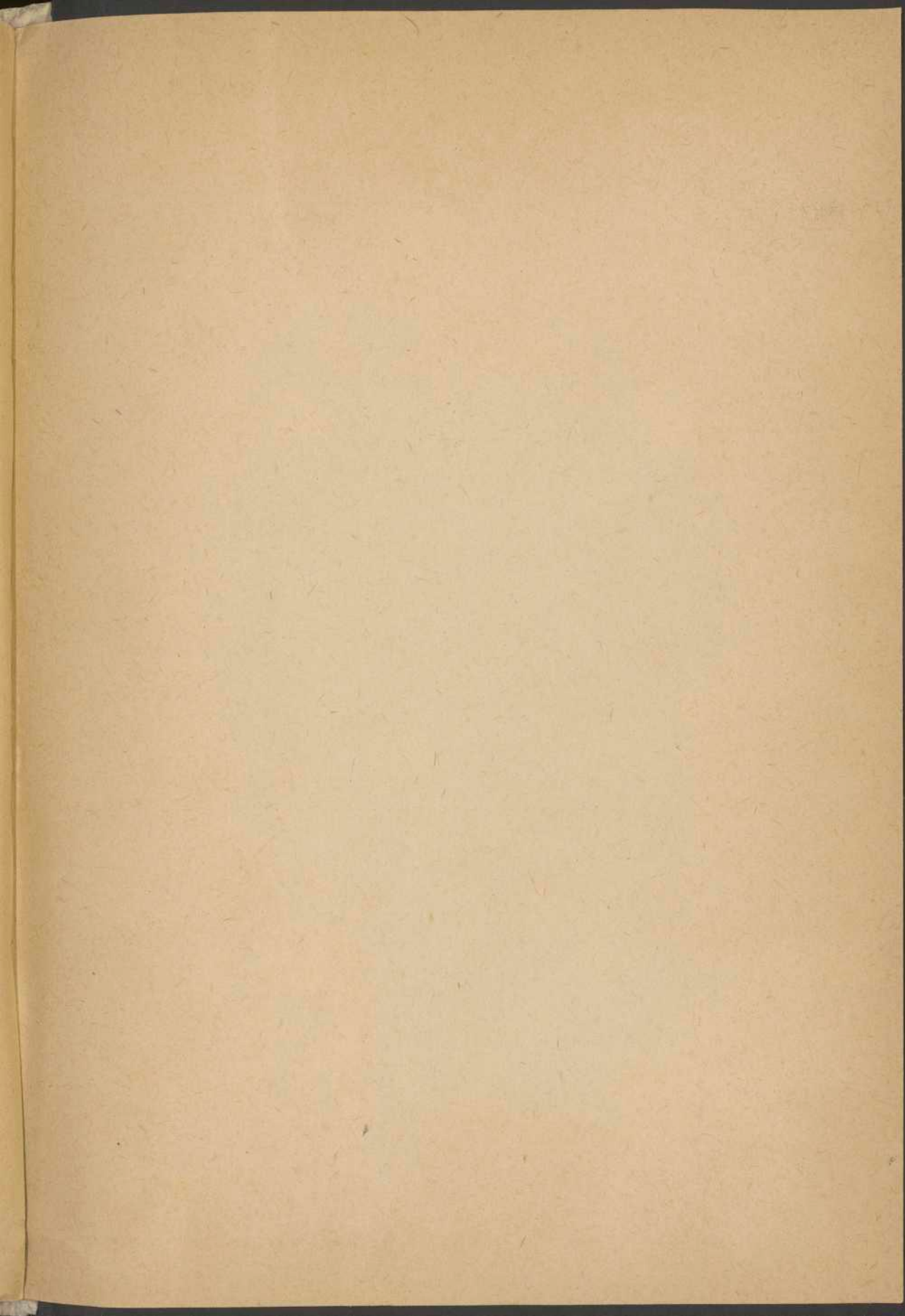
Cupo, además, a Nebrija la gloria de ser el unificador de nuestra lengua, el estabilizador de sus leyes y el haber comprendido que sin un habla de expansión imperial hubiera sido vana la creación de un Imperio. La lengua por cuya pureza vigila Quintiliano es la lengua imperial de Roma, que ya amenaza con el día

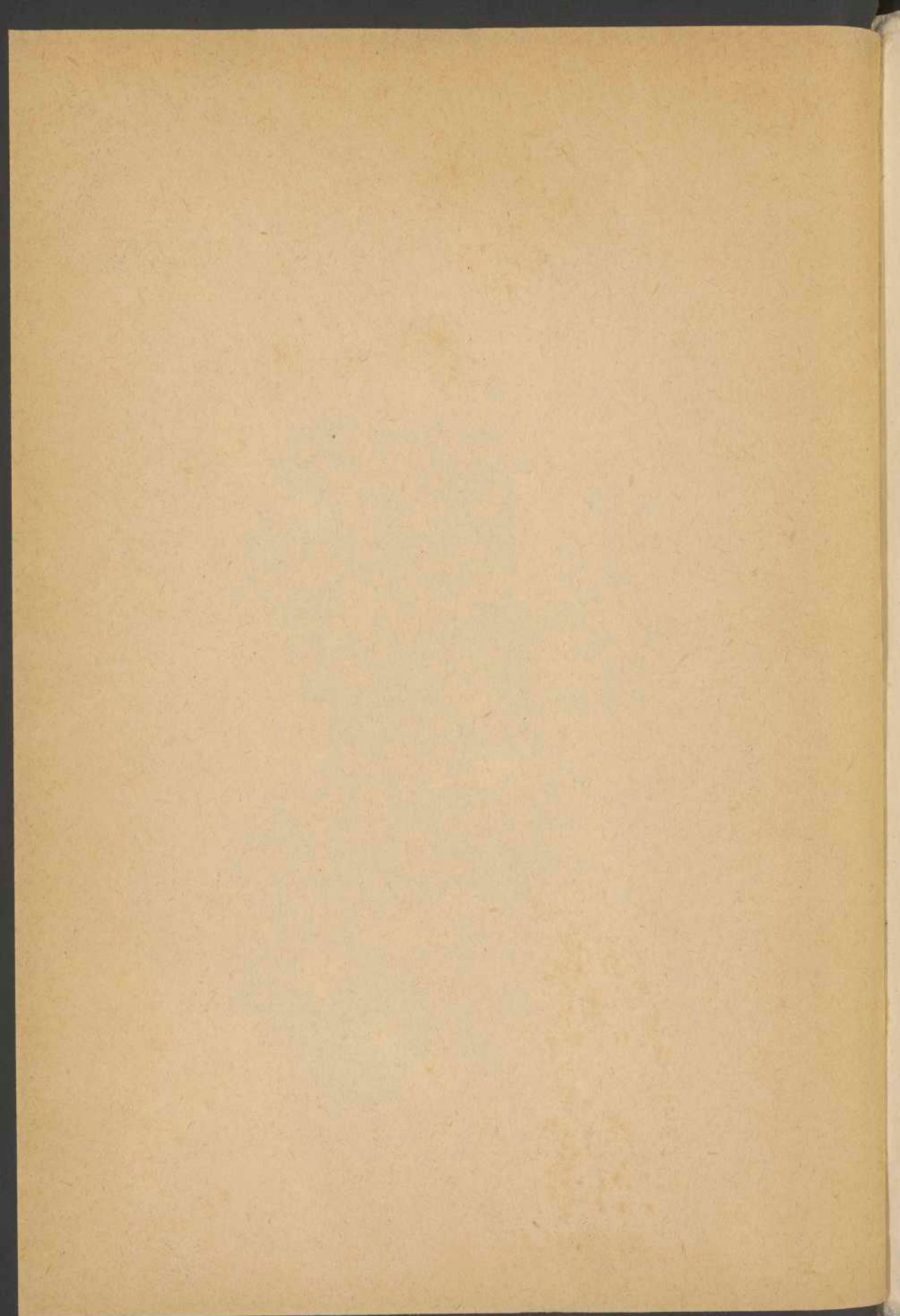
en que ella pueda caer al derrumbarse el Imperio. Designios más altos harán que el latín se salve al recogerlo la Iglesia y darle catolicidad.

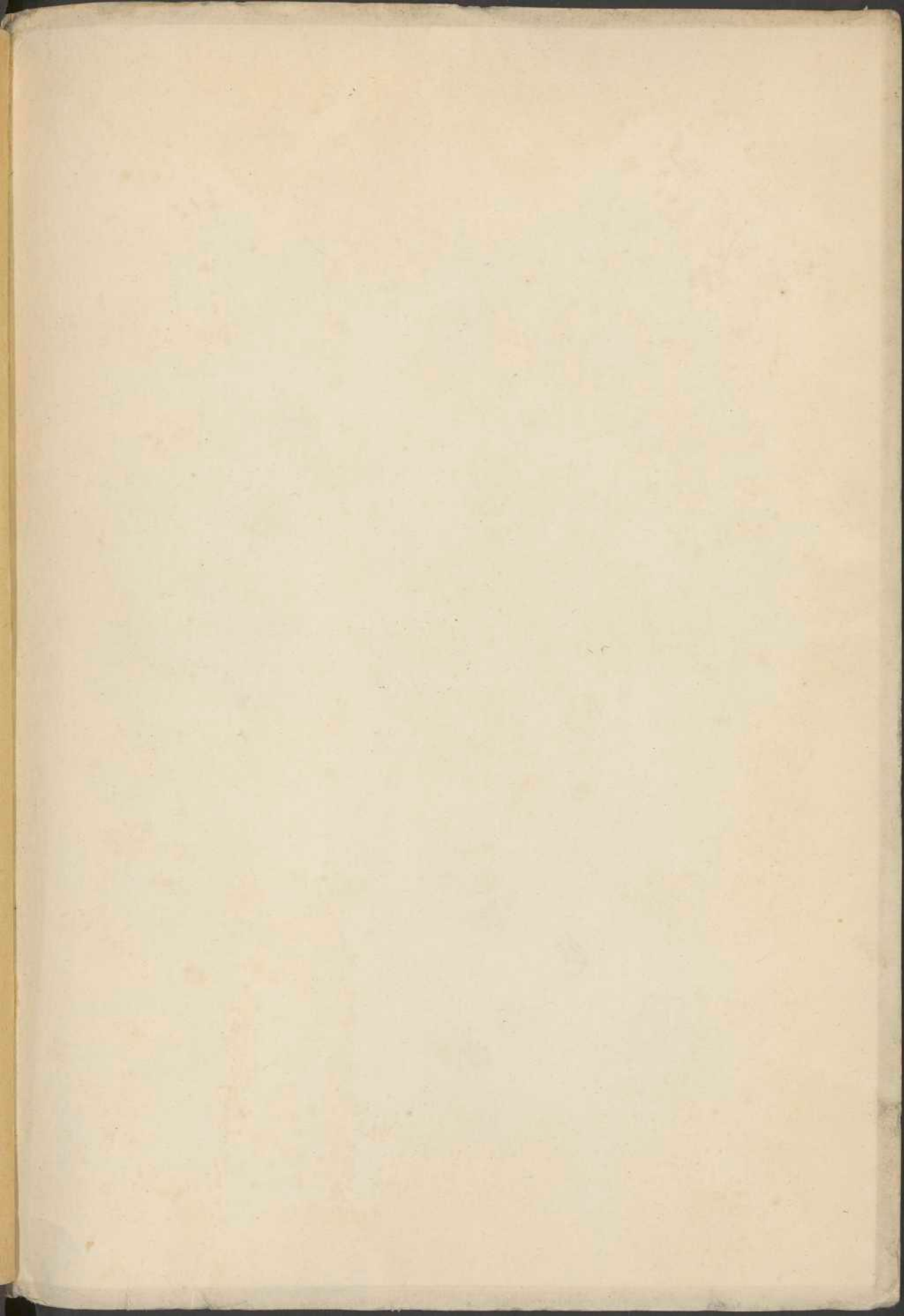
La lengua cuyas bases gramaticales establece Nebrija es el habla pujante de Castilla, en la que durante más de tres siglos había ya acertado a expresarse, en síntesis maravillosa de todos los pueblos hispanos, el ideal que luce, con lumbrer meridiana, a partir precisamente de aquellos mismos días de la décimocuarta centuria

No es este lugar para intentar comparaciones. Cada uno tuvo y conserva el valor de lo que sus obras pudieron significar en sus días; pero, sin ponerlos en contraste, creemos muy razonable que el nombre glorioso de nuestro Marco Fabio Quintiliano evoque el de esta otra egregia figura hispana.

¡Que a esta nuestra España reserve la Providencia la ventura de que a muchos de los maestros que hoy viven entre nosotros, nuestra descendencia les pueda recordar con gratitud a través de los siglos!







R
14566

Biblioteca de La Rioja



10000456611

